

«ANDROIDE ARMAGEDDON»

Curtis Garland

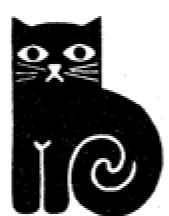
CIENCIA FICCION

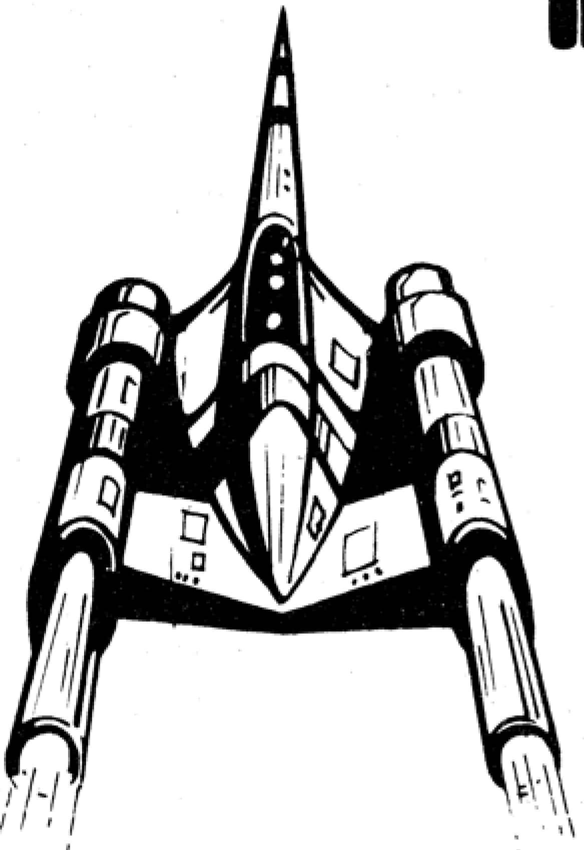


«ANDROIDE ARMAGEDDON»

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

593 — *Mundo de acero* — A. Thorkent

594 — *Desterrados de la galaxia* — Clark Carrados

595 — *Regreso a Nova* — Donald Curtis

596 — *Arde, Tierra, arde* — Clark Carrados

597 — *La plataforma de los dioses* — A. Thorkent

CURTIS GARLAND

«ANDROIDE ARMAGEDDON»

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 598

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

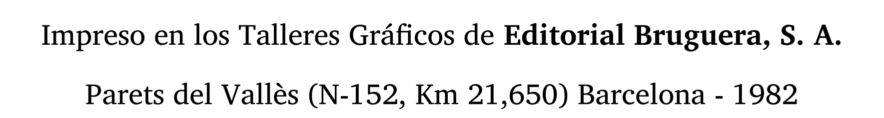
ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.938 – 1981

Impreso en España — Printed in Spain

1. ª edición: enero, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.


Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

Capítulo Primero

PATRULLA ST-00

Lem Garko bostezó, retrepándose en su confortable asiento flotante del interior de su monoplaza cósmico.

Viajar por el universo podía ser divertido para algunos. A él le aburría soberanamente hacer siempre lo mismo. Y, sobre todo, tenerse que alejar tanto de su casa y de su vida en común con los amigos, con las chicas, con las aerodiscotecas y todo lo que era verdadera diversión.

Muchos le envidiaron el día que fue seleccionado para el *Cuerpo Especial de la Junta de Vigilancia Cósmica*. El mismo llegó a pensar en lo emocionante que podría ser para cualquiera aquella mágica aventura de convertirse en un ST-00. Algo así como alcanzar lo inaccesible, lo que hasta entonces había sido imposible para el Hombre ni para ninguna otra criatura. Lo que fascinaba a los seres inteligentes desde el principio mismo de los tiempos.

Nada menos que llegar a patrullero de la *Brigada Espacio-Temporal*. ¡Viajar no sólo por el Cosmos, sino por el mismo Tiempo, a través de Pasado, Presente y Futuro, con sólo pulsar unas pocas teclas de su cuadro de mandos o de su cinturón de máxima seguridad!

Y había ganado el puesto, tras unas duras jornadas de estudio, trabajo e intensa actividad en todos los órdenes físicos, mentales y biológicos. El día que obtuvo la graduación, se enfundó en su flamante uniforme espacial de la Patrulla ST-00 —o *Space-Time 00,* para ser más concreto—, creyó que alcanzaba la cumbre de su vida y, posiblemente, de miles, de millones de vidas humanas.

La junta de *Vigilancia Cósmica* de Megápolis le entregó su diploma, su placa de identificación, sus útiles de patrullero y una serie de consejos primordiales, sobre todos los cuales destacaba uno con fuerza suprema: la orden expresa y tajante de no utilizar *jamás* las ventajas de viajar en el Espacio-Tiempo para su propio lucro ni para beneficio material de nadie. La obligación moral de servir y ayudar a los que lo precisaran, en cualquier lugar del Espacio y del Tiempo, pero sin alterar nunca intencionadamente el curso inexorable de la propia Historia. Y, muy especialmente, mantener siempre un rigor y una moralidad totales, así como la máxima discreción, una especie de juramento de silencio, sobre cualquier tema del pasado o del futuro que pudiese tener influencia sobre las ideas políticas, morales, filosóficas, sociales o religiosas de cualquier pueblo, raza o época de los mundos habitados por pueblos inteligentes.

Al principio, todo eso le resultó farragoso a Lem Garko. Poco más tarde, supo que era un principio de moralidad ineludible, si un patrullero de la ST-00 quería ser digno de su cargo y cumplir en todo momento con dignidad y honestidad su extraño y complejo trabajo en cualquier rincón de los espacios siderales y de los tiempos venidos y por venir.

Ahora estaba ya de vuelta de todo eso. Había conocido planetas ignotos, había visitado civilizaciones y épocas remotísimas, tanto en el pretérito como en el futuro, y había conocido secretos de la Historia ya escrita y por escribir que hubiesen causado escalofríos a cualquiera. Obediente a su propia ética y al juramento solemne hecho el día de su graduación, jamás habló de ello a nadie, ni tan siquiera a su mejor amigo o a una muchacha en quien confiase especialmente.

Ahora, Lem Garko estaba aburrido. Se hallaba lejos, muy lejos de Megápolis, la capital del Macroimperio Galáctico, aunque en su propia época, en la que habitualmente debían moverse los patrulleros, salvo cuando una exigencia superior les obligase a saltar en el Tiempo. Esas exigencias, acostumbraban a ser relativas a posibles fugas de delincuentes a otro espacio-tiempo, en su afán de evadirse de la justicia de su época, o de personas de un futuro remoto y avanzadísimo, en el que casi todo el mundo poseía la facultad de desplazarse en el tiempo, que por simple curiosidad o afán de investigación, cuando no por intenciones de lucro o motivaciones deshonestas, viajaban al pasado, contraviniendo así las disposiciones actuales para semejantes viajes. Era misión de los patrulleros, en tal caso, disuadir por grado o por fuerza a los infractores para que retornaran a su propia época, obedeciendo así las normas de convivencia universal dictadas cuando se estableció la comunicación entre diversas zonas del Cosmos, y los humanoides de las distintas civilizaciones cósmicas inteligentes, llegaron a un acuerdo común sobre temas de interés general.

Hacía tiempo que no se presentaba nada realmente sugestivo ni apasionante, y el viaje en una patrullera monoplaza, deambulando siempre de planeta en planeta, de asteroide en asteroide, o desplazándose de galaxia en galaxia cuando se utilizaban los sistemas ultralumínicos de propulsión, acababa convirtiéndose en una rutina semejante a la que en el pasado hubiera sentido un agente cualquiera de la autoridad, deambulando por una llanura interminable o moviéndose por las calles de una gran urbe sin novedad alguna digna de mención.

Conectó el videorama para distraerse un poco viendo algo.

Seleccionó una vieja serie de grabaciones musicales, y la pantalla se iluminó con las imágenes tridimensionales del Estereotape. Se sirvió una dosis de zumo de frutas, de la máquina automática que hidrataba los alimentos concentrados, y contempló el espectáculo mientras su monoplaza hendía los cielos apaciblemente, sobre un fondo fantasmagórico de nebulosas, asteroides en flotación eterna y pléyades de estrellas deslumbrantes y remotas.

A tal extremo llegaba el hábito de enfrentarse a lo más grandioso, que Lem Garko prefería un poco de *show* enlatado que la contemplación de aquella inmensa maravilla en que se movía día tras día, en una soledad que únicamente alteraba de vez en cuando la conexión obligada con otros patrulleros o con el *Centro de Tráfico Espacio-Temporal.*

Estaba sumido en la contemplación de un atractivo conjunto de danzarinas cuyas bonitas piernas destacaban con la imagen estereoscópica hasta dar la sensación de que emergían de la pantalla como una tentación corpórea, cuando vibró un leve zumbido en el televisor, parpadeó una luz roja en un punto del tablero, y se desconectó automáticamente la imagen del video, para aparecer en pantalla un recuadro de luz roja, con las letras oscilando en parpadeos rápidos:

ATENCION, ATENCION.

CONECTE SENSORAMA.

ATENCION,

CONECTE SENSORAMA

DE INMEDIATO.

Lem Garko se inclinó rápido sobre los mandos, olvidándose de su tedio de pocos minutos antes. Pulsó el teclado del sensorama. En la pantalla surgió un pestañeo de cifras y letras en tono verde fluorescente, que fueron alineándose como en una computadora tradicional, formando grupos que parecían ser palabras o sílabas.

Lem parpadeó, extrañado. Aquello no tenía sentido. No entendió una sola palabra. Pulsó con celeridad la tecla de traducción automática a la lengua universal, o Univox.

La pantalla dio una respuesta negativa:

LENGUAJE SIN CODIFICAR.

IMPOSIBLE TRADUCCION.

Eso era absurdo, pensó el patrullero, volviendo a pulsar la tecla con igual resultado. Todas las lenguas universales, mediante el Código Univox, ideado por el genio de la Cibernética, Axel Val Dortan, años atrás, poseían traducción posible a una lengua común para todos, que era la legalmente utilizada en el Universo para toda clase de comunicaciones.

Suspiró, viendo cómo las letras y signos de extraño trazo, semejantes a las antiguas inscripciones griegas, pero sin conexión alguna con ese lenguaje, se iban agrupando continuamente. Pulsó otra tecla para dejar grabado el texto, aunque no significara nada concreto, confiando en que algún experto pudiera más tarde traducirlo en parte.

De súbito, las letras adquirieron una repentina significación, en su parte final, como remache o conclusión del texto ilegible.

Esta vez, sí. En claro lenguaje Univox, la pantalla reflejó una sola palabra, repetida hasta tres veces:

SOCORRO... SOCORRO… SOCORRO...

Y el mensaje se interrumpió.

Perplejo, Lem contempló la imagen fija en la pantalla, el raro texto allí impreso con letras luminosas. Nada se entendía, nada era legible. Pero si las tres últimas y repetidas palabras: *Socorro... socorro... socorro...*

«Parece un mensaje de emergencia», musitó Lem, conectando con el *Centro de Tráfico Espacio-Temporal* para informar.

Otra pantalla, la del telecomunicador, se iluminó. Apareció un hombre de uniforme azul, con emblemas de oficial de las ST-00. Su voz llegó rutinaria por el altavoz:

—Centro de Tráfico ST. Informe.

—Habla ST-0015. Informo desde situación espacial, coordenadas 116,4-510,7, cuadrante galáctico 236.

—Escucho, ST-0015. Informe.

Comunicó lo sucedido y transmitió por otro canal de video las imágenes del extraño mensaje. Observó un fruncimiento de cejas en el oficial del Centro.

—Es ilegible, salvo en su final —fue el comentario.

—Lo sé —se irritó Lem—: Pero es una petición de socorro, no hay duda.

—¿Ha localizado su procedencia?

—Aún no, señor. He conectado ya la computadora para detectarlo. Estoy esperando datos concretos.

—Bien. Mantenga la comunicación para obtener esos datos. Yo pasaré la grabación al centro de datos lingüísticos del Instituto de Ciencias. Es posible que allí sepan algo.

Asintió Lem, dirigiendo una ojeada cautelosa y escudriñadora al amplio panorama espacial que le era dado contemplar a través del ventanal semicircular situado frente a su asiento en los controles.

Todo continuaba igual. Estrellas, nebulosas, asteroides dispersos sistemas solares lejanos, mundos habitados o sin habitar, flotando en la eterna danza cósmica del Universo. De algún rincón de aquella inmensidad, había llegado un misterioso mensaje de petición de auxilio. Alguien que sólo conocía, al parecer, la palabra «socorro» en lengua universal, había pedido ayuda a los patrulleros. ¿Quién? ¿Desde dónde? ¿Y por qué?

El espacio tenía sin duda una respuesta a esas preguntas. Aquella inmensidad negra y sin límites, podía aclarar la incógnita. Pero su hermetismo era absoluto. Lem pensó que era como enfrentarse a una mítica Esfinge de tamaño colosal, capaz de guardar silencio eternamente.

Un leve zumbido le anunció que la computadora respondía a lo solicitado. Rápido, extrajo una tira plastificada, en la que iba apareciendo la respuesta de la máquina a su pregunta.

Leyó, pensativo, los datos proporcionados por la computadora:

«Localizado origen llamada en coordenadas 121-593, cuadrante

galáctico 309. Imposible traducción lenguaje utilizado.»

Rápido, pasó la información al Centro de Tráfico. Desde allí, le dieron inmediata respuesta:

—Bien, patrullero 0015. Dirija su nave a ese punto exacto. Informe antes de llegar a él. Adopte máximas precauciones. Mantendremos un canal de emergencia en todo momento, para contactar con usted. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, sí,

—Bien. Cierro y espero noticias suyas. Suerte, agente.

—Gracias, señor.

—Y recuerde: máximas precauciones. No sabemos con qué puede encontrarse allí. Cierro.

Se interrumpió la conexión. Lem respiró hondo, irguiéndose en su asiento. Al menos, el tedio quedaba atrás. Tenía algo que hacer. Pulsó todos los mandos oportunos, y la nave desplazóse en dirección al punto señalado por la computadora, tras programarlo él en el sistema de dirección y control. Sobre una pantalla luminosa con coordenadas y cuadrantes, un puntito luminoso comenzó a desplazarse. Era su propia nave.

Buscó mediante las ondas de radio una posible conexión con la frecuencia utilizada por el misterioso comunicante, en busca de un contacto auditivo que le facilitase algún otro dato o un mensaje más amplio y revelador. Sólo captó zumbidos e interferencias espaciales. Ni una sola voz o sonido concreto.

Tampoco tuvo suerte en ese sentido a través de los canales audiovisuales de a bordo, aun moviendo en el exterior las antenas giroscópicas en todos los sentidos. El silencio más absoluto procedía ahora de todos los puntos del Universo, con excepción de los zumbidos y vibraciones habituales en todo contacto con el exterior. La voz que pidiera socorro con un texto escrito transmitido de alguna forma a distancia, no era audible en momento alguno.

La patrullera monoplaza se deslizó vertiginosa por la inmensidad del espacio, hasta bordear las coordenadas señaladas en el mapa celeste. El punto luminoso se detuvo de repente.

Lem Garko había pulsado el sistema de frenos de a bordo. Perplejo, miraba hacia delante, a la vasta pantalla visora del exterior.

Distaba muy poco del punto correspondiente a las coordenadas 121-593 del cuadrante galáctico 309. Lo suficiente para ver con exactitud el punto en cuestión.

Su asombro estaba justificado. ¡Se hallaba delante de un «agujero negro»!

Capítulo II

EL NAVÍO DE ORO

Un «agujero negro»...

De *allí,* precisamente, procedía el mensaje de auxilio.

Lem sintióse sobrecogido por el descubrimiento de tan extraño hecho. Se dispuso a comunicar con el Centro, antes de tomar ninguna decisión precipitada. Aventurarse dentro de un «agujero negro» significaba mucho.

Esto era distinto a viajar en el Espacio Tiempo.

No le fue posible contactar. Algo interfería las líneas de comunicación audiovisuales. Zumbidos intensos y persistentes borraban todo posible sonido inteligible por las ondas de radio. Los canales de TV estaban interferidos por líneas en zigzag y en ondulación, así como por un masivo bombardeo de partículas multicolores, que reducían a cero la capacidad visual de las pantallas de comunicación.

Cuanto intentó Lem fue en vano. De repente, un sudor frío humedeció su piel al comprender lo que sucedía: estaba aislado en el vacío. Desconectado de todo otro punto del Universo. ¿Por qué? ¿Tenía su origen aquella energía de interferencia en el propio «agujero negro»[1] que se abría ante él, como una sima pavorosa a lo desconocido?

Y si era así, ¿qué clase de energía era ésa y por qué se dirigía hacia su nave? Pensó en retroceder, en regresar rápidamente a cualquier otro punto del espacio desde donde poder comunicar su hallazgo al Centro. Alargó las manos y pulsó el teclado.

Un nuevo y terrible descubrimiento le heló la sangre en las venas: los mandos *no* respondían. Estaban bloqueados. Ni uno solo obedeció sus movimientos.

Alucinado, observó algo todavía peor.

Se estaba moviendo.

Desplazándose lentamente. La nave no permanecía ya inmóvil Se deslizaba hacia un punto concreto: ¡el «agujero negro»!

—Dios mío, no... —jadeó asustado—. Eso no... Me precipitaré dentro de ese horrible boquete sin fin... Será como hundirse en un

abismo infinito. No puede ser…

Pero estaba sucediendo.

Y no podía evitarlo.

No parecía existir medio humano de escapar a la maléfica e inexplicable atracción del «agujero». Una especie de magnética influencia iba absorbiendo a la patrullera espacial con su tripulante a bordo.

Cuanto hizo por evitarlo, fue inútil. Los mandos bloqueados, la carencia de comunicaciones, le dejaban totalmente a merced de la extraña y misteriosa fuerza de atracción.

Lem sabía que esa fuerza de absorción de los «agujeros negros» estaba científicamente probada desde muchos siglos antes, que eran como inmensos sumideros, capaces de *devorar* cuanto les rodeaba, en una succión gigantesca, devastadora. Pero nunca imaginó que su fuerza llegase a sobrepasar una determinada distancia prudencial como la que él había procurado mantener con el fenómeno cósmico.

Además, de allá había surgido la llamada de socorro.

¿De quién? ¿De alguna otra desdichada víctima que, como él, fue arrastrado al boquete de ignorado destino?

El horror crecía en Lem. Ya estaba en el campo gravitatorio de aquel ingente sumidero espacial, y la absorción era ya irresistible hacia su invisible negrura, posiblemente acceso a la muerte cierta… o a un destino aterrador, fuera del propio Universo, en otra dimensión…

—No puedo evitarlo… —jadeó, aferrado a su asiento, la mirada dilatada, fija en el punto negro del vacío, que se agrandaba por momentos ante si—. No puedo… Este es el fin… de todo…

La pequeña nave patrullera se veía irresistiblemente conducida a la vorágine negra cuyos contornos podía captar borrosamente en la imagen del ámbito exterior. La panorámica se iba convirtiendo de modo constante y vertiginoso en una inmensa mancha oscura, tenebrosa, como una boca ciclópea, abierta en la inmensidad cósmica para engullirle fatalmente.

De súbito, Lem Garko notó una distorsión especial de todo su ser. Su propia nave pareció estirarse, como si fuese elástica, deformarse, convertirse en una especie de corredor infinito, que alejaba de él los mandos y las cosas. El mismo dio la impresión de crecer y crecer, para luego encogerse hasta parecer plano. Finalmente, en medio de

profundo caos mental, notó como un estallido dentro de sí, una sensación espeluznante en todo su ser, y dejó de sentir, de ver y de oír, aunque no perdió totalmente la consciencia. Fue como hundirse en un mar de espesa tinta negra, donde su mente flotase de forma etérea, aunque desprovista de sensaciones y sentimientos.

Luego, nada. Todo se borró de él. Y en el vacío infinito, en la soledad estelar de los grandes espacios siderales, la pequeña patrullera de la *Junta de Vigilancia Cósmica* de Megápolis, ya no fue visible. No había nada donde estuviera poco antes. La inmensa mancha negra, el terrible agujero espacial, la había absorbido totalmente. Y una vez en su interior, todo objeto o cuerpo engullido por el agujero, dejaba de ser visible por el misino fenómeno físico que hacía aparecer total mente negro aquel boquete espacial hacia la Nada… o hacía lo Desconocido. Hacia el más allá del propio Universo.

Del mismo modo sorprendente que se viera lanzado a la inconsciencia total, Lem Garko recuperó la noción de las cosas. Fue algo súbito y sorprendente. No se encontraba mal. Ni siquiera confuso. Una rara lucidez animaba su mente. Su cuerpo aparecía ligero y ágil, como si algo dejara de pesarle. Sin embargo, mantenía su gravedad artificial dentro de su nave patrullera. Aparentemente, todo era normal a bordo.

Miró hacia el visor acristalado. No descubrió estrella ni nebulosa alguna. Todo era negro. Absoluta, totalmente negro. Viajaba en tinieblas totales. Navegaba por algún hiperespacio desconocido, más allá del «agujero negro».

—Es increíble —murmuró, frotándose el mentón, pensativo—. Lógicamente, si los científicos tienen razón, he atravesado una barrera espacial y hasta dimensional. Si el «agujero negro» es un corredor hacia *otro* Universo… ¿estoy realmente en otra dimensión, en otro plano cósmico ajeno al que conocemos los humanos?

La pregunta no parecía capaz de responderla nadie. Comprobó que la computadora no funcionaba. Ni tampoco los sistemas de comunicación. Un silencio y una inactividad total reinaban a bordo. Sólo los sistemas de navegación automática continuaban su funcionamiento, ¿O era solamente que «algo» seguía absorbiéndole a alguna parte ignota?

Trató de salir de dudas. Consultó su brújula y su reloj espaciales. Perplejo, pestañeó. El reloj no funcionaba. La brújula espacial tampoco. Algún fuerte magnetismo de naturaleza desconocida impedía que le proporcionasen el menor dato. Recordó vagamente algo que

afirmaban desde hacía siglos los científicos:

*El tiempo carece de sentido en un «*agujero negro*». Y el espacio relativo experimenta, por el efecto gravitatorio, una distorsión brutal.*

Meneó la cabeza con desaliento. Esto era como haber caído en un inmenso sumidero sin fondo. Podía navegar durante milenios sin encontrar aire respirable o energía para una espera tan larga. Moriría sin remedio. Si no de hambre, de sed. Si no, de asfixia Y si no, de frío, cuando los sistemas de acondicionamiento de aire y los filtros purificadores que convertían aire viciado en oxígeno, dejasen de funcionar por agotamiento de las baterías solares. *Donde no existía sol alguno, difícilmente podrían recargarse esas baterías*, pensó Lem. Era una conclusión desoladora.

Trató de ignorar que la situación podía ser tan negativa. No pensando en ello, tal vez encontrase un estímulo para seguir luchando. Después de todo, pensó, estaba vivo todavía, aun habiendo sido absorbido por el «agujero negro». Eso ya era algo.

Conectó en vano los visores del Sensorama. No funcionaban tampoco. Intentó, cuando menos, presenciar el pase de una de sus grabaciones para el ocio. El video tampoco funcionó Algo inmovilizaba a bordo todos los sistemas electrónicos. Incluso los interiores que no poseían contacto con ningún punto del Universo.

—Al diablo con eso —se irritó, malhumorado—. Sí al menos hubiera algo que ver ahí dentro, algo que no fuese oscuridad, maldita sea...

Trató de hacer funcionar los reflectores exteriores de rayos infrarrojos o ultravioleta, intentando penetrar de algún modo en las tinieblas. Las luces funcionaron porque utilizó el procedimiento manual. Pero la oscuridad continuó siendo impenetrable. O no había nada visible en ella, o los rayos no lograban pasar aquel muro de sombras infinitas. *Tal vez*, pensó Lem, *el enorme poder gravitatorio del fenómeno espacial, absorbía toda clase de luz, incluso dentro de su estructura.*

Resignado, se acomodó, sin intentar nuevos procedimientos para ver algo que no fuese oscuridad. Se quedó contemplando, desde su asiento de mando, el vacío insondable del exterior, preguntándose cuánto tiempo duraría en aquella situación, sin volverse rematadamente loco.

Para olvidarse de tanto problema, se sirvió algo de comida y un poco de café. Al menos, los sistemas de hidratación de alimentos

funcionaban correctamente a bordo. De momento, el hambre y la sed no eran un peligro inminente.

No supo cuánto tiempo transcurría de aquella forma. Era como si el reloj y su propia vida se hubieran detenido para siempre. Intuía que cada minuto podía ser un siglo, o viceversa.

Tal vez por ello, cuando al fin descubrió algo, ignoraba si llevaba absorto en la contemplación de la negrura y de su silenciosa cabina de mandos una eternidad o un solo instante. Había perdido la noción de todo. Era como flotar en una bruma mental y física inexplicable.

Y, de repente, en la panorámica tenebrosa del exterior, algo se materializó, para pasmo de Lem. Soltó una imprecación, recordando que había dejado conectados los focos de luz infrarroja. Sin duda, esa luz invisible había encontrado al fin algo donde reflejarse, incluso dentro de lo eternamente oscuro.

Fascinado, saltó del asiento, clavando sus ojos en aquella increíble forma que, poco a poco, iba dibujándose, de modo fantasmal, en el alargado ventanal semicircular que tenía frente a si, como asomado al exterior.

Era una nave…

Una fantástica nave de color dorado. La más asombrosa nave que jamás viera en su existencia Lem. Pero no era nave espacial, sino *marítima.*

Sí. Aunque pareciese un sueño imposible, una alucinación, un simple espejismo de un cerebro febril, allí estaba, flotando ante él en el negro infinito, destellando su casco de oro fulgurante, sus pairos y velamen, también dorados... Como en nuevo mito ancestral, una increíble nave velera de otros tiempos, la arcaica forma de un navío flotaba en la nada negra, como absorbido por una fuerza divina hacia los cielos de un nuevo Universo.

Su mascarón de proa era una espantable carátula de alguien no humano, a tamaño gigantesco, y los propios palos del dorado velamen, mostraban en sus cofas las máscaras grotescas de seres de pesadilla, gárgolas doradas remachando el extraño navío surgido de las tinieblas.

—Que me ahorquen si esto que veo existe realmente —jadeó Lem, estupefacto—: ¡Un velero del pasado, un barco arrancado de los mares y conducido aquí...! ¡Es demencial!

Podía ser demencial. Pero aquello no era una alucinación, estaba seguro de ello. La corporeidad de la nave era ostensible. Su proximidad a su propia patrullera, empezaba a inquietarle. Podía producirse un choque violento con el casco de oro de aquel fabuloso navío.

No podía saber de qué planeta procedía, ni de qué época exacta de alguna civilización podía ser esa nave. En su mundo, como en tantos otros habitados por humanoides, Lem había visto reproducciones de vetustos veleros, e incluso en sus grabaciones de video con relatos antiguos escenificados, había barcos parecidos a éste, aunque las carátulas no fuesen auténticos demonios de pesadilla habían servido de modelo a tales figuras.

—Si pudiera averiguar cómo pudo llegar hasta aquí semejante barco... No tiene lógica su presencia en el espacio, aunque el «agujero negro» posea una capacidad de absorción tan enorme... Oh, cielos, qué maravilloso enigma para investigarlo, si ello fuese humanamente posible.

Lo intentó en vano. No le era posible utilizar su pequeño micro transportador individual para salir de la nave patrullera y acercarse al dorado navío. Los sistemas de propulsión tampoco funcionaban. Maldijo entre dientes esa circunstancia que posiblemente le impidiera adentrarse en uno de los mayores misterios imaginables.

Anotó cuidadosamente el informe de aquel hallazgo en su agenda electrónica, aunque utilizando procedimiento estrictamente manual, e incluso fotografió repetidas veces el navío con una cámara estereoscópica, si bien dudaba mucho de que todo aquel material le sirviera de algo alguna vez. Se decía que, una vez absorbido algo por un «agujero negro», éste *jamás* lo devolvía. Físicamente, se consideraba imposible evadirse a la poderosa gravitación de la masa negra.

Aun así, cumplió su tarea, por si la fortuna se aliaba en el futuro con él y le era dado tener la ocasión de mostrar su hallazgo a seres que no pudieran creer lo que él les refería. Después de todo, ésta era su misión: informar sobre todo aquello que fuera insólito o extraordinario, fuese cual fuere su naturaleza. Lo único que no le era dado hacer ahora, evidentemente, es cumplir con su tarea de resolver problemas. Tenía uno muy grave para sí mismo, y era insoluble de todo punto.

El choque con el navío, no se produjo. Por el contrario, lo único que logró la paulatina aproximación de ambos cuerpos, fue un acoplamiento no demasiado brusco, aunque hizo tambalear a Lem en

la cabina. Miró al exterior, recuperando el equilibrio. La patrullera y el velero fantástico de color dorado estaban unidos, como si una superior fuerza gravitatoria, hubiese adherido su nave al casco centelleante del misterioso navío.

—Puesto que las cosas están así, debo intentarlo —se dijo resueltamente Lem, ajustándose la liviana escafandra de su equipo espacial. Luego, se aproximó a la puerta de la cabina que podía accionarse mediante sistema manual también. Justo al lado de esa salida, se hallaba el casco de oro adherido a su fuselaje. Lem manipuló la puerta de seguridad. La abrió.

Fuera, la dimensión real del navío resultaba infinitamente mayor. Al asomar su cabeza audazmente a la negra inmensidad que le rodeaba, descubrió muy por encima de su cabeza, en dimensiones colosales, el mascarón de proa, con su terrorífica fealdad y su tamaño gigantesco. Lem quedó anonadado por aquel volumen ingente, junto al cual parecía él un insignificante microbio. Abandonó, sin embargo, su pequeña nave cósmica, y se elevó en la densa negrura del «agujero negro», en dirección a la cubierta del navío.

Por fortuna, las baterías fotónicas de su sistema de propulsión, respondieron al empeño, desplazándole hacia lo alto. Vio pasar ante él en toda su magnitud el casco del navío, hasta alcanzar la torda. La sobrepasó, en su vuelo, posándose suavemente en la cubierta.

Miró en torno suyo, desconcertado. El tamaño del navío hacía pensar en auténticos titanes, en seres de, al menos, tres metros de estatura por término medio. Sólo así eran comprensibles las dimensiones de aquella formidable nave a vela. Alzó los ojos, contemplando los palos con sus velas inmóviles. La ausencia total de aire las mantenía quietas. Eran de un tejido dorado, sorprendentemente brillante. Todo el barco, en realidad, parecía de oro. Y quizá lo era.

Lem Garko seguía experimentando la sensación de ser un insecto moviéndose por entre objetos y formas de una escala muy superior, posiblemente de una civilización tan poderosa como inteligente. El material de a bordo, fuese de oro o de cualquier otra materia dorada, revelaba un arte exquisito y colosalista en su trabajo y manipulación, al margen de la indudable perfección de aquellas carátulas y formas espantosas que adornaban la nave, dándole el aire de un navío temible. Cuando descubrió la existencia de una soberbia aunque terrorífica calavera, modelada a la perfección en materia áurea, como remate del castillo de proa, una idea asaltó a Lem:

—*¡Piratas!*

Aquel navío era, sin duda, en el mundo de donde procedía, una embarcación corsaria, destinada a amedrentar a los demás con sus máscaras y rostros, antes de hacerlo con las armas. Pero piratas ¿de dónde? ¿Y cómo había llegado hasta allí?

Seguía sin tener respuestas, y el misterio era cada vez mayor. Se aventuró por el barco, a bordo del cual el silencio era absoluto. Subió escalones de considerable altura para su propia estatura, y se aventuró por puertas de dimensiones muy superiores a las normales. Corredores y camarotes eran todos ellos de igual escala. La impresión de que los tripulantes de aquel navío eran gigantes, se confirmó. El más normal de ellos debía de tener aproximadamente el doble de su estatura. Pero no quedaba ninguno de ellos a bordo, a juzgar, por las apariencias.

Aun así, siguió buscando. El mobiliario era también dorado, aunque de materiales menos sólidos que el casco del navío. Todo tenía allí el estilo de los viejos tiempos de bucaneros y piratas. En la época en que lo había encontrado, no podía por menos de resultar tan anacrónico como absurdo. Pero allí estaba, y eso era preciso aceptarlo, por extraño y fantástico que resultara.

Sorprendentemente, al fin encontró algo que no pertenecía a la época real del navío dorado. Su presencia a bordo, distaba mucho de tener sentido o lógica.

Lem se quedó contemplando, atónito, el objeto inmóvil, arrinconado en una de las cámaras del viejo navío. Parpadeó, aproximándose lentamente para comprobar que no estaba equivocado.

Su primera intención al verlo, había sido empuñar un arma. Luego se dijo que esa actitud era ridícula en aquel mundo desconocido donde se hallaba. Si había algún peligro en el «agujero negro», seguramente ningún arma serviría para conjurarlo. Además, aquella «cosa» no se movía, no parecía tener vida alguna.

Lem dudó, incluso, entre llamarle «cosa» o «ser».

Porque, ciertamente, no se trataba de un humanoide, de una criatura de carne y hueso. Era un androide.

Sencillamente, un robot. Un robot metálico, de estructura totalmente humana y con una estatura muy semejante a la suya propia.

—Cielos... —murmuro Lem, contemplándolo, y hablando en voz

alta, consigo mismo—. ¿Qué es esto? ¿Un robot? ¿Qué diablos hace aquí? ¿Quién lo traería a esta vieja nave velera? No encaja con todo lo que le rodea…

Una voz, inesperadamente, le respondió:

—Soy «Armaggedon». Androide «Armaggedon» y procedo de un lejano planeta. No me hagas daño. Soy inofensivo. Además, estoy inmovilizado. No puedo moverme ni hacer otra cosa que hablar. Estaba deseando ver a un humano, después de tanto tiempo…

Lem Garko retrocedió, estupefacto. La voz metálica, evidentemente, procedía del interior del robot. Era él quien había hablado.

Capítulo III

«ARMACGEDON»

Le costó dominar su primera sorpresa. No era fácil esperar algo así. La presencia de un gigantesco barco de oro, ya era asombrosa de por sí. Añadir a eso la presencia a bordo de un robot que podía hablar y razonar tan perfectamente con un humano, resultaba sencillamente inaudito.

—¿«Armaggedon», has dicho? —logró articular al fin Lem Garko algunas palabras, con acento bastante inseguro—. Cielos, ¿y qué significa eso?

—Es mi nombre —respondió el robot—. En mi mundo, corresponde a cierto lugar relacionado con el fin de la existencia humana. Armaggedon es el nombre bíblico del sitio donde un hombre llamado Juan anunció el Apocalipsis del Hombre.[2]

—Apocalipsis… Eso significa el caos, el fin de todo...

—Sí, es correcta tu interpretación del hecho, humanoide.

—No me llames así, amigo. Mi nombre es Lem. Lem Garko, de la *Patrulla Espacio Temporal* de Megápolis.

—¿Megápolis? ¿Dónde está eso?

Lem estaba maravillado. El robot hablaba con toda soltura, pese a permanecer inmóvil, utilizando el habitual lenguaje universal. No había duda de que sus creadores y fabricantes le habían programado en esa lengua, y posiblemente en otras. Pero el androide distaba mucho de ser vulgar. No parecía una máquina. De no ser por su cuerpo y cabeza metálicos, Lem hubiera dicho que era un humano disfrazado.

—Es la ciudad donde yo vivo. Capital del Macroimperio Galáctico —explicó Lem, acercándose de nuevo al robot, con paso lento y cauteloso—. Pero creo que estoy tan lejos de ella como tú de tu mundo del... del Apocalipsis ese que mencionaste, amigo.

—No me llames, «amigo» —se mostró altivo el robot en ese punto —. Te dije mi nombre, Lem Garko.

—Oh, sí, sí... «Armaggedon» —Lem arrugó el ceño—. Un poco largo y enrevesado, al menos para mí, ¿no te parece? ¿Qué tal si lo abreviamos y te llamo «Armag»?

—«Armag»... repitió el androide. «Armag»... Bueno, no está mal del todo. Sí, puedes llamarme «Armag».

Lem sonrió. Observó que, cada vez que hablaba su extraño interlocutor, una lucecilla roja parpadeaba en su frente, sobre los ojos redondos, dorados, fijos inexpresivamente en él. El resto del cuerpo era plateado, al parecer de una aleación de metal y plásticos que le hacía sumamente flexible y liviano. Pero todo él aparecía inmóvil. Solamente su voz funcionaba y, por tanto, su cerebro electrónico y su programación.

—¿Por qué no puedes moverte? —se interesó Lem.

—Llevo así mucho tiempo. Mis circuitos... Creo que hay alguna avería en ellos. Además, no hay duda que necesito ser lubricado. Me siento mal.

Era admirable. Se expresaba como un humanoide. Lem agradeció a la providencia que, cuando menos, le enviara un amigo metálico tan bien construido, para hacerle compañía en aquel oscuro y silencioso lugar.

—Te examinaré —dijo—. Si me es posible, intentaré que vuelvas a moverte de modo normal.

—Eres muy amable. Si logras eso, siempre seré tu amigo, Lem Garko.

—No te prometo nada, «Armag». Posiblemente la técnica cibernética utilizada en tu fabricación me sea del todo desconocida. Sólo dije que lo intentaría.

—Es suficiente. Adelante.

—Podría fracasar y estropearlo más aún —le avisó Lem, preocupado. Imagina que te dejo averiado del todo, sin voz ni cerebro...

—No importa. Correré ese riesgo. Vivir así no merece la pena.

—Eres un muchacho valiente, «Armag» —ponderó Lem, como si hablase con un auténtico compañero suyo—. Veamos...

Llevaba consigo un reducido equipo de reparaciones para casos de emergencia en salidas al espacio exterior. Otro equipo más amplio había quedado en la nave patrullera, pero prefería intentarlo allí mismo a tener que trasladar al robot inmóvil.

Descubrió sus tornillos y los desprendió cuidadosamente, abriendo una plancha metálica de su pecho. Mientras actuaba, siguió dialogando con el androide.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Perteneces a este barco?

—No lo sé —fue la respuesta.

—¿Que no lo sabes? —se extrañó Lem, alzando la cabeza—. Supongo que tienes que saberlo. Por algo estás aquí, en este extraño y bello navío… ¿Qué fuerza pudo atraer a esta nave hasta donde ahora está, y qué clase de tripulación tenía, para contar con un robot entre sus filas, a bordo de un navío totalmente anacrónico en una época como la de los androides?

—Lo siento, Lem Garko. No lo sé —insistió el robot.

—Escucha, «Armag». No necesitas llamarme por todo mi nombre. Es demasiado ceremonioso. Usa solamente el nombre inicial, Lem. Eso bastará, ¿de acuerdo? Y dime, ¿cómo es posible que no sepas nada de eso? ¿De dónde procedas, entonces, con exactitud?

—Del planeta que te dije. Pero allí ya no queda vida alguna. Pasó el Apocalipsis. Yo fui el último androide fabricado por aquellos hombres que se destruyeron entre si por ser violentos, soberbios y ciegos. Por eso me pusieron «Armaggedon». Es todo lo que sé.

—Está bien, pero de alguna manera llegarías hasta aquí.

—Eso es lo que no puedo responder.

—¿Por qué no?

—Porque mi cerebro electrónico ha sufrido un daño irreversible: he perdido mi memoria.

* * *

Lem tardó en reaccionar. Había motivos para ello.

«Armag» no tenía memoria. Al menos, una parte de esa memoria estaba en blanco. No existían recuerdos de su inmediato pasado en el cerebro artificial del robot. Era el primer androide amnésico que Lem conocía en toda su vida. La cosa no dejaba de tener su gracia, aunque impidiera conocer el papel del robot a bordo del navío de oro.

Cuando alcanzó su banco de memoria y su cerebro programado, descubrió el daño en los recuerdos de «Armag». Uno de los paneles se

había quemado, desintegrándose sus circuitos. Trató de arreglar algo, pero le faltaba material para ello, aunque logró identificar el procedimiento cibernético utilizado en la creación del androide. No pudo devolverle la memoria. Con un suspiro, reintegró el panel averiado a su puesto.

—Lo siento, «Armag» —dijo tristemente. No puedo hacer nada por tu memoria. No me es posible repararla. Los demás paneles están bien. Sólo te falta un determinado período de tiempo en que cuanto grabaste quedó inutilizado.

—No te preocupes —la voz del robot casi parecía un quejido de resignación—. Ya me había hecho a esa idea, Lem. Creo que no es tan malo olvidar algunas cosas. Tengo la impresión de que no deben ser muy buenas.

—Es posible —Lem le observó, intrigado. Cada vez le maravillaba más la facilidad de diálogo y razonamiento de su nuevo y extraño compañero. Los circuitos de «Armaggedon» parecían una verdadera obra maestra, pero él nunca había escuchado antes a ningún robot expresarse de ese modo.

Siguió su tarea en el interior del cuerpo metálico repleto de cables y circuitos impresos. Halló una avería entre el sistema motriz y el cerebro electrónico. Logró unir el circuito con una soldadura y limpió unas terminales. «Armag» movió los brazos lentamente, con un leve chirrido.

—Lo estás consiguiendo —aprobó «Armag»—. Ya puedo moverme un poco…

—Prueba después las piernas. De todos modos, estás bastante sucio y mal lubricado. A bordo de mi nave puedo arreglar eso. Tengo lubricante adecuado. Y limpiador de óxido. En poco tiempo estarás perfectamente, «Armag». Salvo en ese problema de tu memoria, naturalmente.

—Es mucho más de lo que podía esperar.

Los movimientos de brazos, aunque torpes, iban haciéndose más sencillos y fáciles por momentos. Después, con nuevos chirridos, sus piernas se accionaron lentamente. Comenzó a andar por la cámara del navío.

—Oh, es magnífico —aprobó—. Magnífico, Lem. Te estoy muy agradecido…

—Olvídalo —sonrió Garko—. Viajo solo. Empiezo a sentir claustrofobia y algo muy parecido a la locura. Tu compañía puede que me libre del suicidio. Empieza a resultarme insoportable el silencio.

—Sabía que me ayudarías. Eres un buen amigo.

—Tú también —palmeó afectuosamente la superficie metálica de su hombro, y señaló la salida—. Voy a ir ahora a mi nave para traer esos lubricantes. Espérame, «Armag».

—¿No quieres que vaya contigo?

—Sí, pero después, cuando haga el segundo viaje de regreso. Debo traerte algo para que te desplaces en el vacío en que nos encontramos flotando ahora: un cinturón con turbinas de energía fotónica, para desplazarte con facilidad. Me gustaría saber si hay algún ser vivo por aquí...

—A mí también —movió su metálica cabeza oval—. Pero no tengo memoria. No sé si hay gente o no. Este barco sí creo que lleva tiempo vacío.

—Sí, pero ¿por qué? —suspiró Lem, pensativo—. Si tú conservaras esa zona de tu memoria... En fin, eso no tiene remedio. Voy a por todo ello, «Armag». Vuelvo en seguida. Será mejor que no te muevas de aquí mientras tanto. Este barco es muy grande y podría tener dificultades en dar contigo...

—No te preocupes. Esperaré en esta misma cámara.

Lem asintió, abandonando la sala dorada para correr por la cubierta, alcanzar la borda del navío y saltar a la densa negrura, en dirección a su pequeña patrullera, adherida todavía al casco del buque navío, como un molusco de un extraño océano de vacío y oscuridad.

Entró en su nave, recogiendo el cinturón fotónico para «Armag», así como un lubricante especial antióxido, que serviría para devolver la normalidad de movimientos al singular androide.

Salió nuevamente, lanzándose hacia lo alto, en vertical, proyectado por las turbinas a reacción de su energía fotónica, de regreso a la cubierta del navío de oro. Saltó la borda, y se posó suavemente en la cubierta.

Avanzó decidido hacia la cámara donde «Armag» le esperaba. Cruzó el umbral, con un animoso saludo:

—Bien... Ya estoy de regreso, amigo «Armag» —comenzó—. En

un momento podrás volver a ser el que...

No pudo decir más. Asombrado, advirtió demasiado tarde que una especie de red o telaraña plástica se adhería al robot, inmovilizándole, mientras cientos de kilos de esa misma viscosa red oprimían su metálica cabeza, impidiéndole hablar.

Antes de que pudiera comprender lo que realmente sucedía, algo se abatió sobre su nuca, golpeando violentamente sobre el tejido elástico de su escafandra, a la altura del occipital.

Un millón de luces bailoteó ante sus ojos por un instante.

Luego, se desplomó de bruces, sintiendo que se hundía en una negrura tan densa como la del propio agujero cósmico en que se hallaba sumergido...

* * *

Eran unos seres muy extraños.

Le rodeaban, armados con unos singulares rifles de compleja estructura y línea muy rudimentaria, a cuya extremidad o fin del cañón, asomaban una especie de dardos de color púrpura, metálicos y puntiagudos, que sin duda eran granadas de un tipo desconocido para Lem.

Vestían extraños ropajes azules, de tejido metalizado, ajustados a sus largas y tétricas figuras, una especie de casco militar ajustábase a sus cráneos ovoides, con rostro de singular fealdad, piel grisácea y escamosa y ojos estrechos y fríos, muy parecidos a los de los reptiles. No eran totalmente humanos, eso era evidente. Lem se dijo que debían proceder de un raro cruce de dos razas humanoides, pero con ciertas influencias de anfibios.

Ocupaban la cámara dorada del navío, erguidos y rígidos, inescrutables como estatuas. Su mirada tenía cierta malignidad al fijarse en el cautivo.

Porque Lem estaba cautivo, de eso no había duda. Otra malla como la que envolvía a «Armaggedon», se enroscaba en torno suyo. Su tejido era frío y pegajoso, tan sutil como una telaraña, pero tan fuerte como si fuesen cables de acero. Lo cierto es que le impedían todo movimiento.

—¿Qué significa esto? —bramó, expresándose en lenguaje Univox.

Los humanoides del cráneo oval le contemplaron indiferentes, sin expresar nada en sus escamosos rostros. La mirada de Lem giró en torno, hasta dar con su flamante amigo de metal y plástico, el androide «Armaggedon». Seguía tan sujeto por las redes pegajosas como él mismo. Ni siquiera intentaba hablar, amordazado por aquellas endiabladas fibras. Pero sin embargo, si parpadeaba su luz roja en la cabeza. Lem arrugó el ceño. Estaba seguro de captar algo especial en aquellos leves guiños de luz. Trató de recordar el código universal de lenguaje Morse. Y todo fue más fácil.

Captó letras, palabras sueltas, emitidas por el robot de forma luminosa, sin sonido alguno. Fue poco, pero suficiente:

—«...mejor no... resistirse... Zudekks... mercenarios humanoides... de la Confederación Nébula...»

Eso fue todo. El robot interrumpió su transmisión. Lem giró la cabeza, siempre inmovilizado por la tela de araña que le mantenía cautivo. Sus ojos asombrados tropezaron con una visión increíble.

Acababa de entrar en la cámara dorada una mujer sensacional, espectacular. Asombrosamente bella y pasmosamente fría y distante también. Por la autoridad con que pisaba el lugar, era obvio que tenía un firme ascendente sobre los personajes armados y de piel escamosa, a quienes el robot «Armag», en su lenguaje luminoso, se había referido como «Zudekks, mercenarios humanoides...»

Los tales mercenarios, confirmando la impresión de Lem, saludaron respetuosos a la hermosa dama, presentándole armas. Ella se limitó a hacer un breve gesto de respuesta, mientras sus ojos se clavaban, glaciales, en el prisionero humano.

Los ojos...

Lem Garko nunca había visto unos semejantes. Eran increíblemente rasgados, de forma oblicua. Su color oscilaba entre ámbar y oro, moteados y fulgurantes, tan luminosos y astutos como los de un gato. También su figura, alta y esbelta, tenía mucho de felina. Un atavío de material metalizado, color bronce, se adhería a sus pechos poderosos, sus caderas y nalgas, dejando el resto del cuerpo desnudo. Tenía la piel de un raro matiz broncíneo, que hacía juego con el tono, algo más vivo y terso, de sus dos prendas metálicas y flexibles. Calzaba unas ceñidas botas suaves, de piel dorada. En sus manos, enguantadas también de color oro oscuro, lucía un látigo trenzado, negro y reluciente, que hizo restallar en el aire, con una perversa sonrisa en sus labios carnosos, de color azulado.

El látigo, al culebrear en su mano, trazó en el aire regueros de chispas eléctricas. Algunas de ellas rozaron la piel de Lem. Este se estremeció. Aquella simple arma debía de ser capaz de inmovilizar y abatir al más formidable enemigo. Sin siquiera rozar a una persona, emitía tal cantidad de electricidad, que una simple chispa azul producía un espasmo doloroso en los nervios y tendones.

—¿Quién eres? —preguntó a Lem, en lenguaje universal.

Garko la contempló fríamente, mostrándose inexpresivo. Se limitó a responder, muy seco:

—Patrullero de servicio de la *Junta de Vigilancia Cósmica* de Megápolis. Yo soy la Ley en el espacio.

Ella se limitó a mirarle, soltando una agria carcajada. Luego, hizo restallar de nuevo el látigo. Un chisporroteo alcanzó a Lem. Este se convulsionó, sujeto por sus ligaduras viscosas, con vivo gesto de dolor. Los mercenarios de piel escamosa sonrieron, impasibles.

—¡La Ley! —repitió ella, sarcástica—. No seas imbécil, muchacho. Aquí ya no eres nadie. Ni siquiera estás en el espacio. No existen leyes en los «agujeros negros» ni en los otros Universos, ¿es que no lo sabías?

—¿Qué existe en ellos? ¿Sólo rufianes como vosotros? —replicó Lem, agresivo.

La hembra de ojos gatunos se aproximó a él, altiva, cimbreando si figura seductora y sensual. Hizo restallar el látigo una vez más. Lem aulló, al sentir el simple roce de la punta del material negro y reluciente, elástico como goma, duro como el cuero, en la superficie de su piel. No le dejó huella. Y, sin embargo, el daño le llegaba al cerebro, horadándolo con brutal intensidad. Al terminar ese doloroso calambre, respiró hondo, al borde del desvanecimiento.

La mujer se puso ante él, erguida y con sus largas piernas abiertas, sus poderosos muslos semejando tallados en bronce vivo. En torno a su rostro inquietante y mórbido, flotaba su cabellera, tan azul como el tornasolado extraño de sus labios carnosos, a veces rojizos según fuese ese reflejo.

—No me gustan los presuntuosos —amenazó con aspereza—. Los valientes no tienen sitio aquí. Los héroes terminan siempre muertos. Yo mando aquí. Y ahora, tú obedeces. Eres mi prisionero.

—¿Por qué motivo? No he hecho nada. Ni siquiera elegí venir

aquí.

—Nadie elige caer en el «agujero negro» —rio la hembra sarcástica—. Pero lo cierto es que hemos caído en él. Y que la vida sigue para nosotros, vayamos adonde vayamos. Si nos aguarda otro Universo, trataremos de evitar que allí impere la Ley y manden los hombres mediocres como tú. ¿Cuál es tu nombre?

—Lem. Lem Garko.

—El mío es Varda —replicó ella con arrogancia—. Estos hombres que ves aquí, son mis leales Zudekks. Y si supieras lo que son los Zudekks, los temerías, Garko.

—Por su aspecto, sé al menos que son bastantes feos.

—Son más que eso: duros, crueles y sin clemencia para nadie. Pero fieles a quien les paga.

—¿Mercenarios? —preguntó Lem, aunque ya conocía la respuesta gracias al robot.

—Por supuesto —sonrió Varda—. A mi mando. Si les ordeno matarte, lo harán.

—¿Qué ganarías con ello?

—Evitar que un miembro de la Ley entre en el nuevo Universo que vamos a conocer. Este es ahora nuestro dominio, Garko. No lo compartiremos con nadie ni toleraremos que la Ley entre a saco en él para perseguirnos.

—De modo que sois criminales, vulgares delincuentes…

—Cuidado con lo que dices —avisó ella, agitando levemente su látigo—. Es peligroso insultarme. No, no somos delincuentes vulgares, eso es obvio. ¿Alguna vez viste un navío de oro puro?

—¿Es vuestro? ¿O simple botín de guerra?

—Botín, por supuesto. Sus dueños eran los poderosos, gigantescos y supercivilizados humanoides de la Superraza Goldinwos. Piratas de las Galaxias, triunfantes en mil batallas cósmicas, dueños y señores del mayor tesoro jamás conocido en el Universo. Capaces de hacer navegar por el espacio un bergantín de oro puro, con las velas de tejido de oro también, y movidos por un viento cósmico que ellos mismos producían en las bodegas de este portentoso navío.

—¿Qué fue de gente tan extraordinaria?

—Exterminados todos —rio la mujer de piel bronceada—. Ahora, yo soy la dueña de este navío y de sus destinos. Debo volver al Universo normal, al que nosotros conocemos, para buscar el gran tesoro de los Goldinwos.

—Volver es difícil, por no decir imposible —sentenció Lem—. Los «agujeros negros» no devuelven a sus víctimas jamás.

—Es pura teoría —se encogió ella de hombros—. Pienso de otro modo. Existe un modo de volver.

—¿Cuál?

Ella le miró glacialmente. Apretó sus labios con expresión maligna.

—¿Qué te importa a ti? Esto es asunto mío. Tú solamente eres mi cautivo.

—Muy bien. Me secuestras por ser agente de la Ley. ¿Y a ese robot? ¿Por qué le habéis inmovilizado?

—Porque debe ser revisado por nuestros mandos Es obra de los Goldinwos. Por tanto, puede ser un peligro. Tú le has devuelto el movimiento, ¿no es cierto?

—Eso no puede constituir peligro alguno. Ese robot es inofensivo. No lleva armas siquiera, ni mecanismo agresivo alguno. Y no es obra de los Goldinwos.

—¿Por qué lo sabes? —se sorprendió ella.

—Procede de un lejano mundo donde pereció el último de sus humanoides en un caos bélico. Los Goldinwos debieron encontrarle de alguna forma y se quedaron con él. Creo que eso es lo que sucedió.

—¿Acaso te lo ha contado él?

—No puede. Sus paneles de memoria sufren una avería seria. No recuerda cosas inmediatas de su existencia. Intenté arreglarlo, pero no me fue posible.

—No me gusta que tengas un amigo robot —cortó ella fríamente. Vendrás con nosotros como cautivo. Y también ese androide desmemoriado. Más tarde veremos lo que se hace contigo.

—¿Cómo pudisteis esconderos para no haberos descubierto en mi

anterior visita a este barco? —se extrañó Lem, pensativo, mirando muy fijo a la hermosa dama.

—No estábamos a bordo en ese momento —sonrió ella—. Habíamos ido en busca de unos buenos amigos, cautivos como vosotros, que pretendieron escapar de nuestras manos. Fue inútil, porque los Goldinwos habían explorado ya algún «agujero negro» y poseían medios para viajar en ellos sin problemas. Como te dije antes, eran una raza sumamente avanzada.

—De modo que los Goldinwos ya estuvieron antes en otros «agujeros negros»... —meditó Lem en voz alta, dominando su sorpresa —. Y pudieron regresar… Me gustaría saber cómo lo hicieron.

—Y a mí. Pero sé que es cuestión de tiempo conseguir su secreto. Y aquí, el tiempo no cuenta, por la sencilla razón de que no existe — hizo un gesto desdeñoso y uno de sus hermosos muslos rozó la cabeza de Lem, encogido en el suelo y envuelto en la tela de araña viscosa, como un simple insecto cazado por el arácnido implacable. Notó el contacto suave, cálido y terso de aquella carne dorada de mujer.

—¿Quiénes son esos otros que intentaron huir de vuestras garras? —indagó.

—No te importa —cortó fríamente ella—. Están a bordo, como tú y ese robot. Y estamos viajando hacia el fondo del «agujero negro», a través del túnel que él forma, como una puerta abierta a otro Universo en el que pronto nos encontraremos... Cuando estemos allí, veré lo que se hace contigo. Puedo matarte por mi propia cuenta, sin esperar a más, o tratar de conseguir alguna utilidad de ti, o bien entregarte a Zamok.

—Zamok? ¿Quién es? —preguntó Lem, al observar en los mercenarios de piel escamosa un instintivo gesto de sobresalto cuando se pronunció ese nombre.

—Más vale que nunca lo sepas —rio duramente la hermosa y siniestra Varda, haciendo restallar una vez más el látigo negro, que llenó de chisporroteos el aire de la cámara dorada—. Más te vale, Lem Garko, polizonte del espacio... Conocer a Zamok... es morir. Pero morir de terror...

Sin añadir más, abandonó la cámara con larga zancada, cimbreando sus poderosas curvas de mujer impresionante.

Capítulo IV

HIBERNADOS

La mítica nave de oro seguía su travesía fantástica de un océano sin aguas, hecho solamente de tinieblas, de vacío y de silencio eternos.

Era imposible saber si había transcurrido mucho o poco desde la inmersión en el negro agujero cósmico. El Tiempo allí no existía. La noche y el día eran sólo oscuridad y ausencia de sonidos, de signos de vida, de luz o de dimensiones. Todo allí era igual. Inmutable e infinito, inconmensurable y eterno.

Pero Lem Garko sabía que la extraña navegación cósmica continuaba hacia alguna parte situada al final del orificio conectando dos o más Universos. Que el velero fantasmal de oro cumplía su singladura fatalista, aun sin los poderosos y gigantescos Goldinwos a bordo. Una fuerza movía la nave. La misma fuerza que lo absorbía todo, les conducía a través del túnel negro hacia lo desconocido. Hacia un hiperespacio donde ya habían logrado llegar antes los fabulosos constructores de aquella asombrosa nave espacial, imitación de viejos veleros legendarios.

El y el robot continuaban prisioneros de la peligrosa mujer de piel bronceada, la bellísima Varda. Las misteriosas ligaduras adherentes seguían envolviendo el cuerpo humano y el metálico por un igual. Lem, aun sin pronunciar palabra el robot ni hacer parpadear su roja luz cerebral, estaba seguro de que «Armag» le contemplaba, silencioso y hermético, acaso haciendo funcionar sus neuronas cibernéticas, su cerebro hecho de células electrónicas creadas por los hombres de un lejano planeta ya sin vida.

Entre ambos, hombre y máquina, parecía haberse creado una cierta corriente mental de simpatía y de comprensión ¿Esperaba acaso «Armag», en su artificial ingenuidad, que él pudiera sacarle del atolladero? ¿O no era bien cierto que él mismo estaba en el fondo de su alma esperando un milagro de aquel trozo de metal y de circuitos complejos y extraños, imitando una vida humana?

Así, si realmente el Tiempo existía de alguna forma en el negro túnel situado más allá del Universo, ese tiempo transcurriría sin ser lento ni rápido, sin ser advertido, sin saberse si llevaban allí siglos, horas… o simples minutos.

Tras uno de esos largos silencios que mantenían él y el robot en la que parecía ser su celda de prisioneros, Lem se decidió a hablar, en voz baja y suave, mirando fijamente al androide.

—¿No se te ocurre nada, «Armag»? —indagó—. Me gustaría escapar de esa gente. No me gustan los Zudekks. Ni tampoco su patrona, por hermosa y deseable que sea.

La lucecilla del robot pestañeó en el interior de su metálica cabeza, a través de la rejilla situada sobre los dorados ojos de metal. Era una respuesta afirmativa. Lem se animó de repente, interesado.

—Supongo que he entendido bien, amigo —dijo—. ¿Has dicho «sí»?

—Sí —respondió con los guiños codificados el robot, forzado a mantener el silencio por los cables que le envolvían, aprisionando sus metálicos labios.

—Bendito sea Dios, espero que eso sea verdad y no te hayas averiado más —gimió el patrullero, esperanzado—. ¿Existe un medio de huir de aquí?

—Sí —volvió a responder el robot con su luz roja.

—¿Cómo y hacia dónde? —insistió Lem.

Esta vez, los parpadeos de luz fueron más complicados. Trató de traducirlos:

—«Espera. Pronto habrá oportunidad. Ten calma, Lem.»

—O no sabes lo que dices, o eres el tipo más grande del Universo —comentó Lem con ironía y esperanza, soltando un resoplido—. Espero que no me defraudes, querida chatarra.

El robot pareció perplejo. El término de «querida chatarra» era evidente que no significaban nada para sus circuitos programados para entender otro lenguaje muy diferente.

—Hablas de un modo raro, Lem —dijo la voz luminosa sin sonidos—. Pero eres mi amigo. Te sacaré de este lío, te lo prometo. Pero ten cuidado. Ellos tienen un medio de leer a veces en la mente humana.

—¿De veras? ¿Son telépatas esos mercenarios? ¿O lo es ella?

—Ninguno de ellos —negó el robot—. Pero hay alguien que lo es.

—¿Quién?

—No sé —dijo el robot—. Lo he captado. Pero ignoro quién es telépata. Hemos de ir con mucho cuidado.

Lem asintió, pensativo. El buen androide le había mostrado una nueva dimensión del peligro que les rodeaba. Nunca había pensado que lo más íntimo de su ser, sus propios pensamientos, pudieran ser espiados por nadie. Pero así parecía ocurrir. Aunque el robot ignorase quién y de qué forma lo conseguía.

Transcurrió otro período indefinido de aquel tiempo amorfo y extraño de más allá del agujero abierto en el Cosmos. Dos Zudekks de desagradable faz escamosa, evocando lejanamente a un par de peces gigantescos y repulsivos, asomaron en la puerta de la cámara. Se pusieron a ambos lados, como centinelas. Entró después ella, la hermosa Varda.

—¿Vienes a liberarme o a asesinarme? —preguntó sarcásticamente Lem.

—Ni una cosa ni otra —sonrió ella vagamente—. Voy a llevarte de excursión. Dentro de la propia nave, por supuesto. Eso cambiará un poco tu rutina.

—Mientras sea para bien… —suspiró Lem, escéptico.

—Nadie va a causarte daño si tú no lo provocas —replicó ella con frialdad—. Adelante, mis leales. El extranjero humanoide viene conmigo.

Los mercenarios asintieron. Uno de ellos extrajo de sus ropas metálicas algo alargado, un tubo negro. Lo presionó, apuntando hacia Lem. Este se sintió en parte liberado de sus pegajosas redes de materia irrompible. Como una interminable sierpe, ésta se replegó, saliendo disparada hacia la boca del cilindro negro, que engulló toda su longitud. Solamente le quedaron fibras en torno a sus muñecas, aferrándolas, y alrededor de sus tobillos, pero dejándole margen para caminar sin tropiezos.

—Es todo —cortó Varda—. Vamos ya, Lem Garko. Puedes moverte así sin problemas. Pero no intentes nada, o te costará muy caro.

Lem se desentumeció, poniéndose lentamente en pie. Echó a andar delante de ella. Abandonó la cámara. De soslayo, captó en la cabeza de «Armaggedon» una lucecita parpadeante que le advertía, insistente:

—*«Cuidado… cuidado… cuidado…»*

Asintió con la cabeza, dándole a entender que captaba su

mensaje. Abandonó la cámara, en pos de ella. Varda caminaba ante él con firmeza, enérgico el paso, erguida su agresiva figura, el látigo siempre en su mano diestra. Numerosos Zudekks deambulaban ahora por el navío dorado, cuya singladura por la negra dimensión continuaba inexorable, desafiando las fuerzas gravitatorias desencadenadas en torno suyo.

Cruzaron parte de la cubierta. Varda se detuvo ante el acceso al puente de mando del fantástico navío. Su mano izquierda hizo un ademán. Como si fuese una alfombra mágica, emergió un disco de materia fosforescente, de alguna parte del navío, a la que ella se subió, invitando a Lem a hacer lo mismo. El joven patrullero obedeció. El disco se elevó inmediatamente, sin aparente sistema motriz que lo moviese, y flotó sobre la áurea cubierta, salvando la altísima escalera al puente y, posteriormente, la gran puerta de acceso al puente de mando. Lem vivía esta experiencia con curiosidad y fascinación. La lámina plástica que sostenía su cuerpo y el de Varda en vuelo, era un extraño modo de desplazamiento de técnica ignorada para él.

Finalmente, se detuvo en una amplia cámara decorada con toda clase de útiles de navegación clásica por los mares, pero reproducida en oro puro, como parecía ser norma a bordo de aquel increíble navío de los espacios.

Apenas hubo descendido Lem de la plataforma, siempre precedido de la vigilante y fría Varda, ésta se posó en el suelo, más parecida que nunca a una vulgar alfombra. La mujer señaló algo a Garko.

—Mira —eso le dijo—. Son los prisioneros de quienes te hablé.

—¿Los prisioneros? —Garko se aproximó a una puerta entreabierta, situada al fondo de la recámara. Empujó la lámina de oro con lentitud, usando sus dos manos ligadas, sin que la mujer se opusiera a ello. Lem asomó. Lanzó una imprecación.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Varda se aproximó a él. Lem la notó apretada contra su propio cuerpo, de tal modo que el tejido metálico de sus grandes senos frotó con fuerza su brazo y hombro. Miró al interior y sonrió.

—El recipiente donde se encuentran los dos —informó escuetamente.

Garko avanzó. En medio de la cámara vecina, se hallaba algo que, sin duda, no pertenecía originariamente a este navío, puesto que no

estaba hecho de oro, como todo en el velero espacial.

Eran dos cilindros de material cristalino opalescente, dentro de los cuales flotaba una especie de humo o neblina azulada. Algo, borrosamente, se perfilaba entre esa bruma interior. Al acercarse más, Lem comprobó que se trataba de dos seres humanos, uno en cada cilindro. Vistos a través del material cristalino envolvente, resultaron ser un hombre flaco, pálido, de larga melena blanca y barbita de igual color, en vuelto en una amplia túnica tan blanca como sus cabellos, y una mujer joven, hermosa, de melena dorada, piel suave, también muy pálida, facciones delicadas, como de porcelana, y manos largas y marfileñas, cruzadas sobre el pecho, destacando encima del color grana oscuro de su túnica larga, hasta los desnudos pies. Ambos lucían sobre su pecho, en las prendas de vestir, un anagrama enigmático, compuesto por unas siglas de desconocida traducción para Lem, situadas sobre un círculo amarillo.

—¿Quiénes son? —se interesó.

—Ya te lo dije: mis cautivos. El hombre se llama Xalal. Ella, Nuvla.

—Es muy bella —comentó Lem, examinándola fijamente.

—¿Nuvla? —Varda sonrió desdeñosa—. Es una belleza triste la suya. La belleza de las flores que se marchitan hasta morir.

—¿Está…?

—¿Muerta? No, no. Ninguno de los dos.

—¿Por qué los tienes prisioneros?

—Ese es asunto mío, Garko. No preguntes.

—Entonces, ¿por qué traerme a mí a verlos?

—Simple curiosidad. Quería ver tu reacción ante ellos.

—¿Sólo eso? Nunca los vi antes de ahora. Sólo puedo reaccionar con pena y con ira. No me gusta que se tenga cautivo a nadie.

—Tu opinión no cuenta en esto. Son órdenes.

—¿De quién?

—De Zamok.

—Zamok… Otra vez ese nombre. ¿Por qué no puedo saber quién

es?

—Porque lo sabrás, a pesar de todo. Y ese día será el último de tu vida, Garko. Créeme, no te conviene saber quién es Zamok.

—Has perdido tu tiempo trayéndome aquí.

—El tiempo no existe en este lugar, recuérdalo —ella contempló a los dos personajes tendidos, con los ojos cerrados y en aparente sueño profundo—. Ellos son nuestros enemigos. Van a ver a Zamok cara a cara. Y luego morirán.

—¿Están drogados?

—Algo parecido. Suspensión animada. Así seguirán hasta llegar a Zamok.

—¿Por qué?

—Porque son peligrosos. El sobre todo. Ya basta. Has visto y sabido lo suficiente. Volvamos a tu celda, Garko.

—¿Tenía sentido traerme aquí?

—Sí. Quería saber si realmente conocías a alguno de ellos. Estudié atentamente tu rostro y vi que no era así. Es mejor para ti.

—Si he de morir, ¿qué más da?

—Aun así, es preferible que no les hayas visto antes. Sabemos que pidieron auxilio a alguien. Y que ese mensaje fue captado.

Lem Garko se dominó perfectamente, pero por su cerebro pasó el recuerdo de un mensaje ilegible, terminado en una sola palabra repetida tres veces: *«Socorro… socorro… socorro…»*

Seguro que se trataba de ellos dos. De Xalal y de Nuvla. Pero Varda no iba a saber que era él quien captó el mensaje. No reveló emoción alguna. Se encogió de hombros al caminar hacia la salida, mientras los astutos ojos de ella le vigilaban atentamente.

—No creo que cambiara mucho las cosas que yo hubiese captado un mensaje de auxilio —comentó indiferente—. También estaría cautivo, como ellos, ¿no es cierto?

—Sí. Pero aun así, Zamok prefiere que quien haya captado el mensaje no se haya enterado de él. Esta gente es primitiva. No posee gran cultura y utiliza un lenguaje arcaico, de su viejo planeta decadente. Es posible que el mensaje se haya perdido. Pero si no, una

computadora lo bastante buena podría traducir su mensaje y saber más de lo que nos conviene a todos. El receptor de ese mensaje sería torturado por Zamok hasta morir. Pero sería una tortura lenta, interminable, atroz… que le haría desear mil veces la muerte. Y que nos revelaría dónde hallar ese mensaje, y dónde poder destruir a quienes lo captaron, para evitar su traducción. Así de importante era el asunto, Garko. Créeme, me alegra que no sepas nada de esos dos. Eso te salvará, cuando menos, de vivir una larguísima existencia de torturas refinadas…

Lem no comentó nada. Salió con ella de la estancia, dejando atrás los dos tubos cristalinos con sus seres humanos encerrados dentro, el venerable anciano de melena blanca y la hermosa criatura de cabellos dorados, en hibernación hasta verse ante el temible ser llamado Zamok, cuyo nombre parecía impresionar incluso a sus propios servidores y esbirros…

Lem se preguntó interiormente, mientras la plataforma volante regresaba a la cámara donde compartía su cautiverio con el androide «Armaggedon»:

—¿Quién es, realmente, Zamok? ¿Dónde está… y qué planea su mente perversa?

Capítulo V

EVASIÓN

«Armaggedon» continuaba con su silencio e inmovilidad, aferrado entre las mallas de aquellas fibras elásticas y poderosas. Era como una máquina inservible y olvidada. Lem había vuelto a su posición inicial, sujeto también por las tiras viscosas, y sólo se le permitió ingerir algún alimento, liberándole momentáneamente de las ligaduras. Dos Zudekks silenciosos y torvos, se limitaron a vigilarle, fusil en ristre, pendientes de todos y cada uno de sus movimientos durante la comida.

Posteriormente, volvieron a dejarle a solas con el robot. De pronto, Lem se llevó una sorpresa.

—Vamos a escapar de aquí.

Sorprendido, alzó los ojos. Miró a la única criatura capaz de haber hablado: «Armaggedon». Estaba en su posición habitual. Pero el sonido metálico de su voz era inconfundible.

—¿Has dicho algo? —preguntó en voz baja Lem.

—Sí. Vamos a escapar —corroboró el robot.

—¿Es que puedes hablar, pese a esa malla?

—La he logrado romper. Pero no hables muy alto. No deben saberlo. Aparentemente sigue igual. Ha sido trabajoso. Pero lo he conseguido.

—Por todos los diablos, ¿y cómo lo pudiste hacer sin darse nadie cuenta?

—Tengo mis habilidades —¿era imaginación suya, o la voz del robot era capaz de expresar ironía?—. Tengo que liberarte también a ti, Lem.

—Sí, pero ¿qué haremos luego? —suspiró el patrullero espacial—. No va a ser nada fácil evadirse de aquí, amigo mío. No disponemos de medio alguno. Me quitaron incluso mi cinturón propulsor.

—Yo arreglaré eso.

Lem no se explicaba cómo podía resolver el problema su amigo cibernético, pero aun así, meneó la cabeza de un lado a otro, manifestando con cierta amargura:

—Será inútil, «Armag». No podemos huir los dos solo de aquí, aunque lograses ese milagro.

—¿Por qué no?

—Hay otros dos cautivos: un hombre anciano y una mujer. Los tienen en hibernación dentro de unos tubos llenos de un vapor que mantiene sin duda el frío preciso y las constantes vitales de los cautivos. Su suerte futura la imagino horrible, en manos de esa mujer y de un cierto Zamok, cuyo nombre aterra incluso a quienes le sirven. En conciencia, no sería capaz de dejarles solos. Si ahora estoy aquí, dentro de este maldito «agujero negro», es por causa de ellos. Lanzaron una llamada de auxilio al espacio y yo la capté en mi nave patrulla. Acudí, y el agujero me absorbió, «Armag». ¿Te das cuenta? No puedo dejarles en poder de esos seres malignos y crueles.

—Vaya fastidio —comentó secamente la metálica voz del androide.

—Lo siento —se lamentó Lem, tras un silencio—. Lo siento mucho, amigo. Sé que pretendes ayudarme, pero sería injusto evadirme yo con vida y dejar a esos infortunados entregados a su suerte.

—Si tú compartes su infortunio, no creo que eso sirva de mucho —apuntó «Armag» con una lógica implacable, más propia de una máquina que de un ser pensante.

—Lo sé. Pero mientras yo viva, pensaré que ellos tienen una esperanza. Y yo también, por supuesto.

—Algo me dice que si te quedas en su poder, no haya muchas esperanzas para nadie.

—Me gustaría rechazar tu idea, pero sospecho que tienes toda la razón. Sé que no es nada fácil inculcar en un momento a una mente como la tuya, programada y mecánica, un sentido de conciencia. Pero yo no puedo pensar de otro modo, como humano que soy.

—Eso suena a ofensivo, Lem —se quejó «Armag».

—No, no. Sencillamente, somos distintos tú y yo. No hay nada hiriente en ello, «Armag», muchacho. Es mi conciencia, mi profesionalidad de policía, de agente de la Ley en el Espacio y en el Tiempo lo que me hace pensar de ese modo, no el hecho de sentirme superior o inferior a nadie.

—Ciertamente, yo no soy policía ni tengo conciencia humana.

Pero sé lo que nos conviene. En una evasión es está tu única posibilidad de sobrevivir, Lem.

—Claro. Pero nunca sería feliz, pensando en esos dos desdichados y en su destino final.

«Armag» permaneció silencioso. Intuyó algo de hosco y contrariado en ese mutismo, y prefirió seguir callado también, sin pretender razonar más con una simple máquina, por perfecto que fuese su diseño. La cibernética tenía sus límites, después de todo. Un ingeniero electrónico no es Dios. «Armag» era un robot sorprendente y de rara perfección técnica, pero nada más. Lem empezaba a convencerse de eso.

—Está bien —dijo por fin, con un tono que se le antojó a Lem contrariado—. Escaparemos todos. Los cuatro, si eso es lo que deseas.

Garko contempló estupefacto a su amigo mecánico. Lo había dicho con la seguridad de quien menciona una fruslería. El patrullero se preguntó, inquieto, si las máquinas también podrían enloquecer.

—No sabes lo que dices —suspiró, encogiéndose de hombros—. No hay nadie a bordo capaz de un milagro así.

—Eres muy amable conmigo —apuntó «Armag», tajante—. Te demostraré lo contrario, Lem. Pero estoy muy dolido contigo.

Dolido… Extraña palabra para un androide, pensó Lem Garko, cada vez más perplejo y confuso. «Armag» se expresaba a veces como un auténtico humano. El dolor era un sentimiento, no un dato programado en una máquina. Pero prefirió respetar los términos de su singular amigo.

—Lo siento —dijo Lem—. La fuga de los cuatro es virtualmente imposible, «Armag».

—Veremos —se limitó a decir el robot.

No añadió una sola palabra más. Se abrió la puerta dorada y entraron dos Zudekks. Traían alimentos para Lem. El patrullero se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido desde su comida anterior. Era desesperante que el tiempo no existiera en aquel lugar. Pero parecía existir para los Zudekks, cuando menos. ¿Cómo lo medían los mercenarios de cara de pez?

Pusieron ante él las bandejitas de alimentos hidratados y el café soluble. Desprendieron sus ligaduras, vigilantes con él. Lem, empezó a comer en silencio. De soslayo, vio un movimiento leve de los brazos

de su amigo el robot.

Y ocurrió algo increíble.

Los dos Zudekks, de repente, se vieron envueltos en una especie de halo deslumbrante, cuando de los dedos metálicos del androide brotó una especie de rayo luminoso fino y centelleante. Un segundo después, ninguno de los Zudekks existía. En su lugar, se veían prendas metalizadas, los fusiles y correajes, y nada más.

—¿Qué diablos...? —jadeó Lem, estupefacto, dejando caer sus alimentos.

—Energía luminosa —explicó «Armag» con sencillez—. Puede graduarse hasta fundir metales y toda clase de materias sólidas. Pero esta vez sólo bastaba con desintegrarles a ellos. Necesitarás sus armas, ¿no es cierto, Lem?

—Por todos los demonios del infierno, «Armag», ¿por qué tenías oculta esa facultad destructora? Creí que eras un robot inofensivo.

—Y lo soy. No utilizo mis poderes más que para ayudar a alguien, no para ayudarme a mí mismo o para destruir por placer. Mientras tenía mis miembros entumecidos y mohosos, no podía utilizar mi poder. Tú me permitiste recobrar esa facultad, Lem. Ahora no perdamos tiempo. Hay que alcanzar a esos dos prisioneros cuanto antes.

—Sí, pero... allá fuera nos esperan muchos más mercenarios de éstos, «Armag».

—Por supuesto. ¿No te sientes capaz de luchar?

—Claro que sí. —Lem Garko tomó ambos fusiles cargados con granadas, empuñando uno en cada mano—. Adelante.

Con pasmosa agilidad, el robot se desprendió de sus desgarradas fibras captoras, y le siguió sin ese paso lento y pesado de los androides. Sus piernas metálicas eran capaces de moverse con singular celeridad.

Salieron al exterior. Otros dos Zudekks, montaban guardia ante la cámara, de espaldas a ésta. «Armag» utilizó su silenciosa arma luminosa, y un instante después, mercenarios y armas se desintegraban bajo el impacto del rayo, ahora ligeramente más intenso y destructor. No quedó de ellos ni el menor rastro. Tampoco de sus prendas y utensilios.

Siguieron adelante resueltamente, por la dorada cubierta del gigantesco navío espacial. Frente a ellos, en otro punto del barco, aparecieron cuatro Zudekks, que parecieron desconcertarse al verles en libertad. Lem captó precipitados sonidos en sus bocas de peces.

Lem disparó dos granadas con ambos rifles, al tiempo que «Armag» utilizaba su poderoso rayo centelleante. Hubo dos estampidos secos, dos estallidos y dos relampagueos. Al terminar, dos Zudekks yacían con el cráneo reventado, y de los otros dos no quedaba ni vestigio. Como por ensalmo, en las bocas de los cañones de sus dos fusiles, aparecieron automáticamente prestas a ser disparadas otras dos granadas puntiagudas. Aquellas armas se cargaban de forma autónoma, apenas disparadas. A Lem le agradó comprobar eso.

—De momento, todo va bien —comentó Lem—. Pero queda lo peor; rescatar a esos dos prisioneros… y salir de este barco de oro.

—Todo se andará, Lem —dijo el androide apaciblemente—. Vamos adelante, no perdamos tiempo…

Siguieron su marcha, ahora a la carrera. Lem descubrió que el robot podía competir con él en velocidad por el procedimiento de deslizarse sobre sus pies como si éstos fuesen patines en una pista. El cuerpo metálico del androide hendía el negro vacío que les rodeaba, por encima de la cubierta de oro, sin dificultad alguna.

Pronto comenzaron nuevas dificultades para ellos. De una puerta, emergieron súbitamente la hermosa Varda y otros seis Zudekks armados. Al verles, ella dilató sus centelleantes pupilas, les señaló y gritó agudamente.

—¡Destruidles! ¡Pronto, acabad con esos dos!

Restalló el látigo eléctrico para incitar a sus esbirros a actuar. Los Zudekks alzaron sus armas, dividiéndose en dos grupos, mientras ella llamaba a gritos a más mercenarios de piel escamosa.

Lem se arrojó al suelo y disparó sus fusiles sin vacilar. Las granadas provocaron un caos en uno de los grupos, reventando los cuerpos de los hombres-pez de forma violenta. «Armag» demostró, una vez más, que sus dedos emitían rayos capaces de destruir lo que hallara a su paso. En medio de un cegador destello, los tres Zudekks que le correspondían fueron fulminados sin dificultad. Varda, al verse sola, escapó precipitadamente por la más cercana puerta, al tiempo que el rayo de «Armag» alcanzaba ya la plancha de oro, desintegrándola. Pero Varda ya no estaba allí, aunque su voz

estentórea era audible para ellos:

—¡No lograréis escapar de aquí, malditos! ¡Os destruiré a los dos! ¡Nadie puede enfrentarse a Zamok! ¡El os convertirá en polvo en cuanto lo desee!

—Esa puerta conduce a las bodegas —señaló Lem—. Nosotros debemos ir al puente de mando, donde se encuentran prisioneros Xalal y Nuvla. Y no va a ser fácil alcanzar ese lugar. Las escaleras son muy altas para nosotros. Recuerda que este barco se construyó a la escala de las dimensiones de los Goldinwos, los gigantes dorados.

—Encontraremos un medio de subir —dijo con sencillez «Armag», sin añadir más.

Llegaron ante los altísimos escalones del puente de mando. Subirlos era trabajoso y lento. De pronto, «Armag» hizo algo sorprendente. Alargó sus brazos de metal, tomó en ellos a Lem Garko, como si fuese un niño, y comenzó a saltar de escalón en escalón igual que si le disparase cada vez un poderoso resorte situado en sus piernas.

De modo tan rápido y seguro, llegaron arriba. Lem, al pisar de nuevo el suelo, miró con estupor a su compañero de metal.

—Eres increíble, «Armag». ¿Cuántas maravillas oculta tu cuerpo?

—No tuvo importancia —protestó modestamente el robot—. Te dije que encontraríamos un medio de subir.

Sin responder nada, Garko siguió adelante, escoltado por su fiel amigo mecánico. No tardaron en llegar ante la puerta de la cámara donde viese antes al anciano y a la hermosa muchacha de los cabellos dorados dentro de los cilindros vaporosos. Pero como suponía de antemano, tres Zudekks montaban guardia allí.

No les fue difícil exterminarlos. Lem abatió a uno sin vida, y «Armag» se ocupó de pulverizar a los otros dos con su rayo letal. Entraron en la cámara.

Allí continuaban los dos tubos, con sus vapores internos, dejando ver borrosamente las figuras tendidas en su interior. Lem Garko frunció el ceño, examinando los cilindros cristalinos.

—Tenemos que sacarlos de aquí sin demora —dijo—. Pero están congelados, en hibernación… El proceso de descongelación llevará algún tiempo. Si rompemos esos tubos, morirían ambos sin remedio.

—En ese caso, traslademos los tubos con ellos dentro.

—¿Pero cómo? —objetó Lem, a la sugerencia del robot—. Tal vez pesen demasiado. Y necesitaremos ir libres de cargas para intentar la evasión de este navío…

—Déjame a mí —habló el androide.

Se aproximó a los dos tubos congeladores. Sus dos brazos se alargaron. Sus dedos parecieron tener un poder magnético intenso. Empezaron a alzarse en el vacío los tubos con su humano contenido, ante la perplejidad de Lem. Y ambos tubos se acoplaron a las manos del robot, flotando en el aire, sujetos a sus dedos.

—¿Puedes caminar así? —se sorprendió Garko.

—Puedo hacerlo. Pero tú sólo tendrás que luchar esta vez. Yo no puedo utilizar mi rayo luminoso mientras mantenga adheridos estos tubos a mis manos.

—Está bien. Intentaré hacerlo lo mejor posible. Adelante. Dentro de poco, Varda caerá sobre nosotros con fuerzas más poderosas, estoy seguro. Tal vez en estos momentos comunique lo sucedido a ese misterioso y terrible Zamok. No podemos perder ni un solo instante, aunque no sé cómo vamos a salir de aquí, sin los cinturones propulsores.

—Eso es asunto mío. Tú dispara esas armas en cuanto veas a algún enemigo.

Salieron de la cámara, dispuestos a intentar el último esfuerzo. De nuevo «Armag» utilizó los saltos elásticos sobre los altos escalones del puente de mando de la nave de oro, y Lem le siguió dando brincos de acróbata, sin soltar sus dos fusiles.

Les dispararon una granada desde alguna parte. El oro se astilló ante los pies de «Armag», que saltó sobre el punto de impacto. Lem, rápido apuntó y disparó en esa dirección. La cabeza de un Zudekk voló hecha añicos cuando la segó con su granada. La otra granada, reventando en una escotilla, hizo huir presuroso a otro mercenario de la bella Varda. De ésta no había el menor rastro.

Alcanzaron la borda del navío. Lem Garko disparó hacia atrás varias granadas, cubriendo siempre a «Armag» y su preciada carga. El negro vacío se abría ante sus pies. Abajo, muy abajo, en la inmensa mole dorada del casco del navío cósmico, se veía adherida la patrullera espacial de Lem. Inaccesible para él, cuando menos, pensó

que tampoco podría darla alcance «Armag».

—¿Y ahora… qué? —preguntó Lem, en tensión, oteando la amplia cubierta del áureo velero.

«Armag» no respondió. En vez de ello, miró abajo. Lem vio centellear varias luces tras la rejilla metálica de su cráneo cibernético. Parecía estar haciendo un difícil cálculo matemático. Luego, le oyó pronunciar unas pocas palabras:

—Súbete a mi espalda. Rodea mi cuello con tus brazos. Es todo, Lem.

—Pero…

—No hay tiempo. Te diré luego la razón. ¡Hazlo, pronto!

Aunque temía que iban a caer al vacío perdiéndose en su negrura para siempre, se dijo que tanto daba eso como ser destruidos por la gente fiel a Varda y al desconocido Zamok. De modo que asintió, saltando al cuello de «Armag» y encaramándose a la metálica espalda del androide. Este, cargado con tres lastres como eran él mismo y los dos cilindros de hibernación con sus ocupantes humanos, saltó al vacío, como si no llevase peso alguno encima. Lem sintió un escalofrío al sumergirse en el negro infinito, en el terrorífico «agujero negro», a lomos de un simple autómata que, pese a sus raras facultades, no dejaba de ser una máquina loca, capaz de flotar con él por una eternidad en aquel silencio espantoso, en aquel vacío tenebroso y total.

Desfiló ante sus ojos la dorada superficie curva del navío, mientras descendían, hasta llegar a nivel de su pequeña patrullera monoplaza. La caída lenta y vertical del robot era como un extraño, fantástico paso de *ballet* en un escenario lóbrego e inmenso.

Cuando parecía que iban a dejar fatalmente atrás la pequeña nave patrullera, ocurrió algo, para pasmo de Lem Garko. El robot se paró en seco en pleno vacío. Giró sobre sí mismo, hasta posar sus metálicos pies en la superficie de la nave. Y esos pies se quedaron adheridos al fuselaje, como potentes imanes. Ya no descendían, ya no flotaban en el vacío negro. Estaban sujetos a su patrullera.

—¿Puedes ahora entrar en tu nave? —preguntó «Armag» con sencillez.

—Claro —resopló Lem, todavía incrédulo—. Mi calzado puede adherirse en el vacío o con un potente magnetismo en torno. Pero lo

que nunca imaginé es que tú también pudieras hacerlo, frenando en seco una caída semejante…

—Déjate de charlas y actúa pronto. Empiezo a estar cansado.

Lem frunció el ceño dentro de su escafandra plástica, preguntándose desde cuándo un androide se podía cansar, pero obedeció con rapidez, saltando al reducido suelo oval que formaba el fuselaje de su nave. De allí al interior, fue ya cosa sencilla, porque caminó por el exterior hasta la escotilla, abrió ésta y ayudó a «Armag» a entrar con su doble carga. Luego, cerró de nuevo, con un suspiro, y se quedó mirando al robot con expresión de estupor y de admiración.

—Increíble, amigo —confesó—. Jamás me hubiera imaginado algo así. Eres el robot más maravilloso que nunca vi. Y he visto muchos en mi existencia. Ahora estamos aquí, aunque un poco estrechos los cuatro, la verdad. Esta nave se dispuso sólo para uno, y para dos como máximo. Pero tendremos que aceptar las cosas como son. De todos modos, ¿no crees que la gente de esa mujer vendrá aquí pronto, para rescatar a sus prisioneros y hacernos pedazos a nosotros? No tengo armas ni medios que funcionen contra ellos en este maldito «agujero». La fuerza de gravitación aquí es tan terrible, que anula todos los mandos de a bordo, al interferir su campo de fuerza los sistemas electromagnéticos.

—Te dije antes que existía un motivo para ir de prisa. Ahora sabrás cuál es… a menos que mi cerebro no sepa ya calcular bien los términos matemáticos…

—¿A qué te refieres? se extrañó Lem.

—A *eso,* amigo —parecía haber incluso un suspiro de alivio en la metálica voz del androide, cuando señaló hacia la gran panorámica negra que era visible por el ventanal de a bordo.

Lem Garko miró en esa dirección rápidamente, sin entender una sola palabra. Se quedó fascinado, boquiabierto.

Ya no había negrura alguna visible.

Por el contrario, un resplandor mágico, celestial, llenaba todo cuanto abarcaba la vista, y empezaba a penetrar en la nave, convirtiendo todo en resplandeciente y cegador. Ondulaciones de luz y color de bellísimos, insospechados tonos, flotaban en el exterior, entre destellos lejanos y radiantes de cuerpos celestes cuyo colorido jamás viera antes Garko en toda su vida.

—¿Qué es eso? preguntó, deslumbrado.

—El *otro* Universo, Lem —explicó «Armag»—. Hemos dejado atrás el «agujero negro», justo en el momento que mis circuitos calcularon con matemática precisión. Por eso te di tanta prisa. Ya nos hemos desprendido del navío de oro y viajamos en un nuevo espacio estelar, Lem Garko. Hemos llegado al Universo que hay más allá del túnel negro que los separa…

Capítulo VI

EL «OTRO» UNIVERSO

Era increíble.

El más bello espectáculo imaginable por el hombre. Un Cosmos infinitamente hermoso y radiante, donde el vacío no eran negruras, sino luz y color en una sinfonía deslumbrante y portentosa. Cielos irisados, galaxias evanescentes, cúmulos de estrellas multicolores, planetas de cristal faceteado, asteroides como burbujas tornasoladas, un Universo, en suma, para deleite de los ojos, de los sentidos, donde todo era bello y radiante, donde no existía la oscuridad.

—Inaudito. Jamás me acostumbraré a un lugar así, «Armag» —confesó Lem, pegado al enorme vidrio de su ventanal, fascinado en la contemplación de aquel prodigio de luz y de color, inmerso en un océano de destellos y de cromatismos infinitos que el ojo humano no podía imaginar en la dimensión del Universo conocido.

—Es hermoso, pero posiblemente no todo en él sea bello, Lem.

—¿Qué quieres decir? —Garko se volvió hacia él, mientras la pequeña patrullera avanzaba a velocidad fulgurante por el nuevo Universo en que habían penetrado instantes después de alcanzar su nave.

—Me pregunto si los Zudekks proceden realmente del Universo que tú y yo conocernos… o de este otro Universo al que acabamos de entrar.

—No deja de ser una posibilidad —admitió Lem, pensativo—. Ellos tenían noción del tiempo a bordo del navío, dentro del «agujero negro», cuando para mí esa noción no existía en absoluto. Entonces ya me pregunté cómo era posible que los Zudekks pudieran calcular tan perfectamente las horas de mis comidas, cuando yo no tenía idea alguna del tiempo transcurrido. Tal vez ellos han viajado más de una vez por el túnel negro donde no hay Espacio ni Tiempo, y sus mentes se habituaron a esa situación. Pero entonces… tal vez en lugar de huir del temible Zamok… estemos viajando a su encuentro, en sus propios dominios.

—Tal vez —admitió «Armag»—. Yo creo que hay alguien que puede darte respuestas a todo eso.

—¿Quién?

—Ellos —el androide señaló a los dos tubos cristalinos, situados

por Lem poco antes en la cámara de descongelación paulatina de a bordo.

—Muy cierto —Garko frunció el ceño, contemplando las dos figuras inmersas en el vapor cristalino de los dos cilindros—. Ellos pueden tener esa respuesta... si proceden también de este Universo. Eso explicaría que pidieran ayuda en el lugar donde se abre el «agujero negro»...

Contempló el indicador de temperatura, que iba elevando paulatinamente su nivel. Las constantes vitales de los dos cautivos rescatados, eran correctas, según el indicador médico de a bordo. Ahora, todos los mecanismos de la patrullera funcionaban perfectamente. Pero Lem acababa de probar a conectar con su *Centro de Tráfico*. No consiguió nada. No había comunicaciones entre uno y otro Universo. Les separaba sin duda una diferente dimensión. Este era otro lugar en la Creación. El hiperuniverso soñado por los científicos y los poetas.

Los demás sistemas de a bordo sí funcionaban. Control de velocidad, rumbo, medición de datos, Sensorama... Todo. Lo único que parecía prohibido por las leyes naturales del hiperuniverso, era la conexión con el otro Cosmos conocido. Estaba solo, absolutamente solo, en un espacio que le era extraño, más allá de todo lo accesible, de todo lo previsto.

Conectó el Sensorama, mientras seguía el proceso paulatino de descongelación. Pegó un respingo al ver surgir en la pantalla la imagen tridimensional del navío de oro, flotando sobre un cielo resplandeciente y lleno de colores vivísimos.

—Están aquí también —jadeó—. Nos siguen...

«Armag» miró a la pantalla. Su mente cibernética estudió sin duda el problema. Su cabeza de metal afirmó lentamente. Los dorados ojos brillaban.

—Era inevitable —dijo—. Sí, nos siguen. Ese navío fue construido por los supercivilizados Goldinwos para pasar de un Universo a otro, es evidente. Hay algo en él que le hace invulnerable a las fuerzas gravitatorias y absorbentes de los «agujeros negros». Oh, si pudiese recordar... Estoy seguro de que mi vacío mental se relaciona con hechos referidos a ese barco, a los Goldinwos, al propio Zamok... Pero no puedo recordar nada.

—Cálmate, «Armag». Un esfuerzo excesivo podría dañarte nuevos circuitos —avisó Lem—. Estoy de acuerdo contigo, pero el pasado

importa menos ahora. Es el presente el que cuenta. Aquí sí existe el Tiempo, como existe el Espacio, aunque sean diferentes en concepto a los del Universo de donde venimos. Y ese navío viaja muy rápido. Tendré que aplicar a mi patrullera la supervelocidad lumínica. En un ámbito desconocido como éste, es todo un riesgo. Pero no podemos dejarnos aprehender de nuevo. Sería nuestro fin.

El robot estaba haciendo trabajar su formidable cerebro electrónico. Las luces de su mente parpadeaban veloces con el esfuerzo. Al fin afirmó con la cabeza metálica.

—Hazlo —dijo—. Mis cálculos parecen admitir la prueba sin demasiado riesgo.

Lem asintió, tras consultar a su computadora.

—Ambos coincidís —aseguró—. La máquina de a bordo dice que las condiciones son favorables. Se puede usar la supervelocidad lumínica. Vamos allá.

Pulsó unas teclas. La nave pareció distenderse infinitamente. Su cuerpo tuvo una rara expansión y una contracción violenta. Era un fenómeno conocido ya por Garko. Ocurría siempre que multiplicaba la velocidad de la luz por diez o por cien.

La patrullera era ahora una invisible luz viajando a velocidades fabulosas por un espacio desconocido. Confiaba en que sus sensores de impacto evitasen cualquier choque fortuito con un cuerpo celeste.

La visión en el ventanal era ahora fugaz, borrosa. Los colores se confundían, los mundos y estrellas pasaban vertiginosos, como visiones rápidas engullidas por el vacío. Planetas de cristal o de nacarada superficie metálica, desfilaban y desaparecían, en una demencial sucesión de prodigios

Una luz verde parpadeó en el tablero de Lem. Este la miró, con un respingo.

—Cielos… —musitó—. Ya está.

—¿Qué es lo que está? —quiso saber «Armag».

—El proceso de descongelación —se incorporó, caminando hacia la cámara donde permanecían los dos prisioneros de Varda en sus tubos vidriosos—. Han vuelto a la vida los dos.

Así era. El indicador vital se encendía con un parpadeo, señalando: «VIDA NORMAL». La temperatura en el interior de los

tubos, era ya la correcta. Miró a través del panel de vidrio. Las figuras se movían en sus encierros, aunque con lentitud.

—Vamos —dijo—. Hay que sacarlos de ahí.

El robot le ayudó. Momentos después, el anciano Xalal y la hermosa Nuvla, cuyos ojos resultaban ser de un fantástico color rosado, estaban sentados en el sofá de Garko, al fondo de la cámara de controles de la patrullera espacial.

Su estupor y desconcierto eran notables. Permanecieron unos minutos recuperando la noción de las cosas. Finalmente, el anciano habló. Se expresó dificultosamente. Su lenguaje era desconocido para Lem. Este arrugó el ceño, pulsó un botón y registró los sonidos en la computadora. Esta respondió imprimiendo en la pantalla luminosa su conclusión:

«IDENTIFICO LENGUAJE AL COMPUTADO ANTES SIN TRADUCCION CONOCIDA.»

—Lo sabía —murmuró Garko—. Tú, Xalal, eres el autor del mensaje. Pero desconoces mi lengua... y yo la tuya. Cielos, ¿de dónde procedéis, realmente?

Xalal continuó con su retahíla de palabras incomprensibles. Lem giró su mirada hacia la joven Ella le miraba fijamente también. Parecía estar pensando en algo. Por fin, la hermosa criatura despegó los labios. Dijo sólo una palabra, repetida tres veces:

—*Socorro... socorro... socorro...*

—¡Dios del cielo, lo que imaginaba! —resopló Lem—. Es ella quien añadió el texto final al mensaje, «Armag». Escuchad, amigos, si es que podéis entenderme: yo soy, en efecto, quien recibió el mensaje de petición de auxilio. Ved.

Pulsó la computadora. En aquella pantalla apareció reproducido el mensaje completo. Xalal lanzó un grito ronco, afirmó, con enérgicos movimientos de cabeza

—Quisiera poder entenderos. Y vosotros a mí, sin duda —farfulló Garko—. Pero me temo que va a ser difícil. Es un lenguaje arcaico, extraño. No conocéis, sin duda, el lenguaje universal. ¿De dónde salís para desconocerlo?

—Espera, Lem —dijo «Armag» con lentitud—. Estoy preparado para traducciones inmediatas en cualquier lenguaje.

—Mi computadora también —suspiró Lem—. Y las de mi planeta. Pero ninguna pudo hacerlo.

—Tal vez pueda yo —insistió «Armag».

Garko se guardó mucho de objetar nada. Le bastaba con haber visto ejemplos de lo que era capaz su amigo cibernético, para no poner en duda nada de lo que él dijese.

Los dos extraños seguían hablando en su incomprensible lengua. «Armag» les escuchaba atentamente. Y, de pronto, su metálica voz respondió con parecidos sonidos.

Lem pegó un respingo. Notó el estupor en los rostros de sus huéspedes.

—Oh, no —jadeó—. ¿Qué has dicho, «Armag», muchacho? ¿Realmente, les entiendes?

Asintió el robot, y siguió su charla con ellos. Luego volvió a Lem.

—Sí, no es difícil traducir su lenguaje. Es simple y primitivo. Nuestras suposiciones eran ciertas, Lem. Proceden de *este* Universo, no del nuestro. Xalal es una especie de patriarca de un pueblo arcaico, en un planeta dominado por poderes siniestros de alguien llamado Zamok.

—¡Zamok! —repitió Lem Garko.

Y los dos personajes, anciano y muchacha, asintieron con rapidez al oírle mencionar ese nombre que empezaba a tener ya para Lem algo de tétrico y maligno.

—Dicen también que pidieron ayuda a quien pudiera oírles, porque captaron en su sistema de comunicaciones que su onda de contacto coincidía con la de alguien, al otro lado del«agujero negro», en nuestro Universo. Ella, de alguna forma conoció una palabra en lenguaje Univox, y la utilizo. Esa palabra era «Socorro».

—Pregúntales ahora por qué pedían socorro… y quién es exactamente, Zamok.

«Armag» asintió. Hizo la pregunta en el lenguaje gutural de aquella gente. Lem observó que la muchacha se estremecía y el anciano inclinaba la cabeza, con ojos ensombrecidos y la frente

surcada de arrugas. Fue ella quien habló. Su voz temblaba.

«Armag» se volvió a Garko. Le explicó parcamente.

—Ellos tenían una nave capaz de pasar el agujero negro con parecida facilidad a la nave de los extinguidos goldinwos. Zamok destruyó esa nave para destruirles a ellos. Xalal y Nuvla parecen ser, por alguna causa, la última esperanza de un pueblo para sobrevivir a Zamok. Y para algo más. En suma, Lem: ellos dicen que el tal Zamok es el propio espíritu del mal. Un ser mitad humano, mitad androide, como yo. Una mente perversa, un ser lleno de odio y crueldad. Y con un aspecto terrorífico. Sus poderes son virtualmente infinitos. Y su plan, al parecer, es dominarlo todo.

—*¿Todo?* ¿A qué te refieres. «Armag»

—Sospecho que a lo que significa «todo» —concluyó el robot—. Es decir, este Universo, y también el nuestro.

Capítulo VII

ZAMOK

—Y eso es todo, oh gran Zamok. Los dos han escapado, llevándose consigo a Xalal y a Nuvla. No sé cómo pudieron hacerlo. Pero los hemos perdido de vista por el momento.

Un áspero bramido metálico acogió esas humildes apagadas palabras de la humillada Varda, arrodillada ante el maléfico y fantástico ser llamado Zamok.

Realmente, era todo lo terrorífico de aspecto que pudo haber imaginado Lem Garko, si ahora le hubiera sido dado verle, a su llegada al navío de oro de los Goldinwos.

Ante la acongojada Varda y los restos de los mercenarios Zudekks abatidos por Garko y su amigo robot, se erguía el ser más inquietante y terrible que era dado imaginar. Una mezcla siniestra e indescriptible de hombre y de androide. La más escalofriante mezcla de máquina y humanoide jamás imaginable.

Zamok era un verdadero coloso, un gigante de casi tres metros de estatura, enteramente vestido de piel negra sobre el gris de acero de su cuerpo y casco bélico de guerrero ancestral. Su rostro, mitad metálico, mitad humano, era una máscara feroz y helada de maldad implacable. Ojos tras una rejilla negra que sólo permitía pasar un brillo rojizo de pupilas gélidas e inexorables, fijas en su servil cómplice y esclava, Varda. Boca que era solamente una línea prieta, recubierta de acero, y que ni siquiera se movía al proyectar palabras duras, afiladas, con voz humana pero de ásperas inflexión metalizadas. Debajo de su amplia capa negra y reluciente superficie metálica escamosa, el cuerpo era una mescolanza rígida de acero y de plásticos indestructibles. Las enguantadas manos gigantescas, de dedos de metal articulado bajo cuero negro y lustroso, eran capaces de esgrimir cualquier arma aniquiladora o de destruir por si solas a cualquier adversario, tal era la fuerza demoníaca que aquel ser podía desarrollar con su organismo artificial, hecho de circuitos, maquinarias, metales y plásticos, al servicio de un cerebro humano intacto, lúcido y carente de piedad y de sentimientos humanos. Pero que, a falta de un cuerpo, de unos órganos verdaderos, perdidos en una catástrofe anterior, había suplido su ausencia con una estructura cibernética poderosa y de rara perfección.

Eso era Zamok, concretamente: un coloso de la electrónica más sofisticada, al servicio de una inteligencia privilegiada y demoníaca, albergada bajo aquel negro casco de metal y las facciones

semimetálicas de su siniestra faz.

La voz del amo y señor del Mal fue dura y glacial al responder a las excusas humildes de su hermosa sierva

—Ha sido un grave error tuyo, Varda. Y sabes bien cómo castigo los errores.

El hermoso cuerpo tendido ante el cibernético, sufrió estremecimiento, una convulsión. Ojos asustados miraron la mole inquietante y amenazadora de su amo.

—Lo sé, mi señor. No me importará morir a tus manos, pero te juro que no cometí errores. Sólo menosprecié a una criatura artificial, un simple robot que se hallaba a bordo de esta nave, medio inservible, cuando nos apoderamos de ella, y que jamás había demostrado ser peligroso.

—¿Te refieres a «Armaggedon»?

—Sí, a él me refería. Súbitamente demostró tener unas fuerzas y unas facultades poco comunes en los androides. Destruyó a muchos de nuestros mercenarios y logró evadirse, del «agujero negro» y de este navío con el prisionero, rescatando además a Xalal y a Nuvla.

—Ese error ha sido grave, Varda. Merecerías morir.

—Si así lo has decidido, adelante. No me opondré a mi muerte, ¡oh señor mío!

Los malévolos ojos ocultos de Zamok se clavaron en ella, perversamente duros e implacables. Las manos grandes y poderosas del humanoide-androide se alargaron hacia la mujer, ominosas. Le bastaría un simple golpe en el cráneo de la hermosa Varda, para aniquilar a ésta sin remedio, tal era su poderío físico.

Lentamente, retiró esas demoledoras manos tras una pausa tensa, en la que Varda, encogida, esperó lo peor de un instante a otro.

—No —dijo la ronca voz de Zamok—. No morirás a mis manos, Varda. Te daré una última oportunidad de reparar tus equivocaciones. Pero será la última, ¿lo entiendes?

—Sí, mi señor —le miró, patética—. Dime lo que debo hacer.

—Recuperar a esos prisioneros. A todos. Al extranjero de la patrullera, al robot y a nuestros dos cautivos, Xalal y Nuvla, por supuesto. Sabes lo que significa si llegan a Ylmo con vida y pueden

reagrupar a los Modajis

—Lo sé, mi señor. Pero ahora, esos fugitivos navegan por el hiperuniverso, a mucha distancia de nosotros. Su pequeña nave es mucho más rápida y escurridiza que el gigantesco navío de los Goldinwos, pese a todos sus avances técnicos y científicos para pasar de un Universo a otro.

—No quiero excusas. Quiero a esos cautivos. O morirás, sin remedio, Varda.

—Está bien, señor. Los encontraré. Les daré alcance y volverán a caer en nuestras manos. Pero si se resisten, si luchan a la desesperada...

—Mátalos.

—¿A todos? ¿Incluso a Xalal y Nuvla?

—A todos.

—Pero mi señor, Xalal conoce el gran secreto de los patriarcas de Ylmo. Y ese secreto significa...

—Sé lo que significa —cortó ásperamente Zamok, con su poderosa voz metálica—. No importa. Antes que verlos al frente del pueblo Modaji en el planeta Ylmo, prefiero saber que han muerto. Xalal es muy peligroso, con sus poderes extrasensoriales y su capacidad de convocatoria y de autoridad sobre los Modajis.

—Está bien. Intentaré traerlos con vida para que tú conozcas el gran secreto, mi señor. Pero me vengaré en ese maldito policía del espacio y en el robot que le ayudó, eso te lo prometo.

—Obra como gustes, Varda. Pero no fracases otra vez. Si yo debo intervenir directamente, lo haré. Sin embargo, sólo en última instancia. Tengo cosas más importantes que hacer en este Universo que estar pendiente de unos pocos evadidos, un anciano, una muchacha, un policía vulgar del otro Universo y un simple robot. Zamok es demasiado grande para descender a esas tareas. ¿Para qué tengo servidores leales, para qué todas las fuerzas que actúan bajo mi mando, si no sabéis resolver un simple problema como éste?

—Te juro que lo resolveremos, —los ojos de Varda fulguraron, malignos y ardientes—. Sea como sea, lo resolveremos.

Bien. Eso es todo, Varda. Te deseo suerte, por tu propio bien.

Dio media vuelta el coloso negro y gris, hecho de acero y plástico al servicio de un cerebro humano alojado dentro de aquel cuerpo mecánico repleto de armas letales, poderes ocultos y energías inagotables. Majestuosamente, como un mítico ser de pesadilla, Zamok se encaminó a la pequeña nave negra, de forma esférica, que le aguardaba en la cubierta dorada del navío goldinwo. Se abrió silenciosamente una amplia escotilla en su metálico fuselaje. Por ella desapareció el gigantesco androide-humanoide, cerrándose tras él las puertas silentes.

Despegó la esfera negra suavemente, perdiéndose en el espació multicolor, radiante y bellísimo, hacia lejanos astros y planetas cristalinos que fulguraban en el firmamento irisado de aquel extraño Universo.

Varda, dominando su ira con una furiosa máscara de odio y de frialdad en su hermoso rostro, se encaminó al puente de proa, a cuyo pie aguardaban nutridas filas de mercenarios Zudekks bien armados y pertrechados, a la espera de órdenes.

Pero esta vez no estaban solamente los repulsivos hombres-peces a sueldo de Varda y del todopoderoso Zamok. También había un escuadrón de enlutados soldados de indumentaria metálica y rostros protegidos por yelmos grises de acero bajo sus cascos puntiagudos de igual metal. Eran los Yakks, los más temidos guerreros del hiperuniverso, los seleccionados asesinos profesionales de Zamok, procedentes del *Asteroide del Exterminio*, situado en un lugar ignoto de aquel cosmos de espacios cromáticos y luminosos. Un rincón del hiperuniverso, del que se decía era muy diferente al resto de aquel espacio ultradimensional, por estar situado en la llamada *Galaxia de las Sombras Eternas*, en los confines del fantástico Universo.

Eso, al menos, es lo que se decía. Y lo cierto es que los Yakks, los negros asesinos metalizados, esbirros predilectos de Zamok, eran los seres más temidos del hiperuniverso.

—Escuchadme todos —comenzó con voz dura y fría la hermosa Varda, dominando sus sentimientos lo mejor posible—. Voy a confiar en vosotros todos para una misión en la que me juego la vida. El gran Zamok no consentirá ningún fracaso. Ninguno. De modo que yo tampoco. Me responderéis con vuestra vida del éxito de esta misión. Ahora, os diré lo que espero exactamente de vosotros...

* * *

Por fin, la muralla estaba rota. El obstáculo principal, abatido.

Lem Garko miraba fijamente a las pupilas rosadas de la dulce y bellísima Nuvla. Ella le miraba también a él con igual profundidad. Una sonrisa suave curvaba los labios frescos de la muchacha.

—Lo hemos conseguido Nuvla —dijo lentamente Garko.

—Sí —asintió ella—. Ya podemos entendernos el uno al otro.

Hablaban distintas lenguas todavía. Ninguno de ellos podía aprender el idioma del otro en un instante. Pero el ingenio de «Armag», una vez más, había resuelto el dilema favorablemente. Ahora podían entenderse mutuamente, lo cual era casi un milagro, dadas las abismales diferencias entre el lenguaje Univox y la lengua arcaica de los dos prisioneros rescatados.

Xalal sonreía, entretanto, ajustándose la cinta con electrodos, creada por Lem siguiendo instrucciones de su amigo robot. Y, como éste dijera, la banda electrónica, aplicada al cráneo de cada uno de ellos, mediante los sistemas de electrodos adheridos a sus sienes y occipital, lograba conectar con el cerebro de los interesados, sirviendo de traductor simultáneo, al verter a ideas inteligibles de cada uno lo que sólo eran palabras incomprensibles en la boca del otro. Más que un traductor de lenguaje fonético, el improvisado ingenio mecánico creado por «Armag» y elaborado por Lem con su materia de a bordo, era un adaptador o traductor de ideas concretas. Apenas escuchaba el uno al otro unas palabras, su mente recibía información concreta de su significado exacto.

—Ahora es posible que podamos comprender mutuamente nuestros problemas de modo mucho más perfecto —comentó Lem.

—Estoy segura de ello —asintió Nuvla sonriendo.

—Esa llamada de auxilio vuestra…

—Tu amigo el robot ya te explicó lo que sucedía. Éramos perseguidos por los servidores de Zamok, sus asesinos negros, los Yakks, y sus mercenarios, los. Zudekks Desde que aniquilaron a los poderosos e inteligentes Goldinwos y se apoderaron de su nave espacial, su poder se ha hecho infinitamente mayor, y ya pueden salir de nuestro Universo, a través del «agujero negro», con el fin de apoderarse del otro Universo de donde tú has venido.

—¿Por qué deseaban apresaros o destruiros?

—Es una larga historia —suspiró Nuvla, inclinando su dorada cabeza—. Creo que el patriarca Xalal puede hablarte de todo ello con

más conocimiento de causa que yo.

—¿Por qué, Nuvla, cuando tú eres la hija del Gran Patriarca Cyrus? —protestó Xalal, alzando sus manos.

—¿El Gran Patriarca Cyrus? —se extrañó Lem—. ¿Quién es?

—*Era,* extranjero amigo —suspiró amargamente el anciano Xalal —. Murió, luchando por su gente, el planeta Ylmo y el pueblo Modaji. De eso hace ya mucho tiempo. Yo he cumplido supliendo al gran Cyrus en el patriarcado familiar de Ylmo, con las promesa y la esperanza de llevar a nuestro pueblo a cumplir su supremo destino.

—¿Qué destino?

—El de vivir en paz, amarse unos a otros como hermanos, y desterrar para siempre la sombra del Mal, anidado en la *Galaxia de las Sombras Eternas,* donde se halla el *Asteroide del Exterminio*.

—Suena como una leyenda...

—Es mitad leyenda, mitad realidad, extranjero —suspiró Xalal con una vaga sonrisa, sus ojos mirando melancólicamente el vacío—. Las fuerzas maléficas siempre anidaron en esa tenebrosa galaxia lejana, desde donde proyectan el dominio universal. Ahora, Zamok es su máximo caudillo, el *Zar del Mal*. Con él, los poderes de las sombras y de la perversidad han crecido en potencialidad, porque es un auténtico cerebro al servicio del Mal, incrustado en un cuerpo artificial que es, en sí, todo un arsenal diabólico, creado por una mente tan demoníaca como inteligente. El es ahora líder absoluto de los pueblos malignos, y su fuerza se va extendiendo por doquier, su dominio llega ya a casi todos los confines de este Universo. Sólo un rincón queda en este Cosmos, que Zamok no ha podido dominar aún: el planeta Ylmo, del que soy patriarca. Nuvla, como hija del difunto Gran Patriarca Cyrus, espíritu del Bien sobre nuestro mundo, será la que me suceda a mi muerte. ¿Vas entendiendo ahora, extranjero?

—Sí —afirmó Lem gravemente—. Entiendo. Pero parece una guerra perdida.

—Lo es —admitió Xalal tristemente—. Aunque nuestra tradición habla de libertadores y de un futuro glorioso en que triunfen las fuerzas del Bien, lo cierto es que eso parece estar muy lejano, ahora más que nunca. El pueblo Modaji está dividido, asustado y desmoralizado. Echa de menos a su gran Cyrus, caudillo de su pueblo. Yo temo no servir para ello. He fracasado en la gran misión encomendada, hombre de otro Universo.

—¿Y tratasteis de escapar a mi propio Universo?

—Cuando nos vimos perdidos, sí. Logramos tripular una vieja nave capaz de atravesar el «agujero negro», también creada en sus tiempos por los geniales guerreros dorados, los Goldinwos. Pero Zamok logró destruirla y capturarnos por medio de su primer esbirro, Varda.

—Entonces enviasteis el mensaje de socorro…

—Sí. Descubrimos que podíamos captar la onda de transmisión de un determinado vehículo espacial muy distante, y Xalal transmitió. Yo, entonces, recordé haber escuchado a través de nuestros medios de transmisión una apremiante petición de socorro de algún remoto astronauta que precisaba ayuda en un desastre y al que, naturalmente, no podíamos atender porque ignorábamos la forma de desplazarnos en vuestro Universo y no disponíamos de medios ni conocimientos técnicos para tanto. La palabra «socorro» se quedó grabada en mi cerebro. Y pensando que significaba algo para expresar una situación desesperada, la utilicé repetidamente en el mensaje.

—Hiciste muy bien, Nuvla —suspiró Lem—. Fue el modo que tuve de darme cuenta exacta de la naturaleza real de vuestra llamada. Y acudí a las proximidades del «agujero negro», con los resultados que ya conocéis muy bien.

—Y gracias al mensaje y a ti, estamos libres de nuevo —sonrió Xalal con gesto benigno.

—No del todo, Xalal, no del todo —le objetó Garko, pensativo—. Ahora soy yo quien se mueve en un Universo que le es desconocido y, posiblemente, hostil. Sé que detrás de nosotros está Varda con su navío de oro y, quizá, incluso el propio Zamok, esa especie de monstruo mitad mecánico, mitad humano, del que antes hablasteis. La situación dista mucho de estar clara.

—Pero al menos estamos en esta nave, intentando algo —dijo Nuvla—. Eso es mejor que nada. Gracias, hombre de otro Universo.

Lem tuvo un estremecimiento cuando la muchacha puso su mano dulcemente en su brazo y le sonrió con ternura de modo arrebatador. La contempló. Era realmente bellísima, y dulce como un ensueño. Si alguna vez había visto un maniqueísmo tan claro, obra de la propia Naturaleza, era en esta ocasión: Nuvla era el Bien. Varda, el Mal.

—No quiero tu gratitud, sino tu amistad, Nuvla. Y saber algún día que estás a salvo de todo peligro, junto con tu pueblo.

Ella movió negativamente la cabeza, con repentina tristeza en sus hermosas pupilas rosadas.

—No creo que eso ocurra nunca —se lamentó—. Sería como un milagro, un imposible.

—No estés tan segura —sonrió Lem—. Con «Armag» al lado, los milagros no resultan tan difíciles, puedes creerme.

La rubia muchacha miró al androide, dudando de que aquel cuerpo metálico y aquel cerebro cibernético pudieran resolver tan graves y trascendentales problemas para ella, para Xalal y su pueblo.

Lem Garko comprobó que todo funcionaba correctamente a bordo, y que cerca de ellos no era perceptible la presencia de ningún cuerpo alarmante. Luego hizo una pregunta que le atormentaba desde que oyera hablar la primera vez de él:

—¿Quién es, exactamente Zamok?

Hubo un silencio profundo. Xalal y Nuvla se miraron, desconcertados. «Armag», parecía interesado también en el tema. Sus luces parpadeaban tras la rejilla de su cráneo de acero.

—Es difícil responder a eso —habló al fin Xalal con un suspiro, moviendo su canosa, venerable cabeza—. Muy difícil. Nadie sabe cómo llegó exactamente Zamok. Se supone que era inicialmente un hombre de ciencia y un militar, procedente de algún lejano mundo civilizado. Un cataclismo estelar destrozó su cuerpo y, por alguna razón que ignoro, respetó su cerebro, que permaneció vivo. Entonces, alguien construyó para él un cuerpo metálico poderoso, lleno de artilugios, y acopló el cerebro privilegiado de aquel ser dañino al continente artificial. Eso hizo de él un humanoide-androide sumamente fuerte y peligroso. El afán de poder y destrucción creció en él, no sé si por causa de su propio infortunio, y se convirtió en quien hoy es Zamok, el perverso, el poderoso, el implacable ser de las sombras.

—Entiendo —asintió Lem Garko gravemente—. ¿Mató Zamok a tu padre, Nuvla?

La rubia muchacha del planeta Ylmo se estremeció ostensiblemente. Sus ojos se llenaron de lágrimas y congoja. Inclinó la cabeza.

—Zamok no existía aún cuando él fue exterminado por los siniestros *yakks,* los asesinos profesionales de la *Galaxia de las Sombras*

Eternas —dijo lentamente—. Pero entonces, ya ellos luchaban contra los demás planetas del Universo en que nosotros nacimos, en su afán expansionista y dictatorial. Mi padre, el Gran Patriarca Cyrus, fue víctima, como tantos otros, del enfrentamiento de nuestro pueblo a ese poder venido de las regiones maléficas. Un rayo destructor pulverizó su nave y su cuerpo, desapareciendo en el cosmos para siempre. Entonces nos quedamos sin líder. Xalal le ha suplido dignamente, pero la aparición del siniestro Zamok entre esos tiranos, ha venido a empeorar las cosas. Si antes era solamente un guerrero inteligente y culto, de una civilización avanzada, ahora es un superhombre... o un superrobot, como quieran definirlo.

Lem afirmó, entendiendo. La sombra del temible Zamok parecía agigantarse sobre ellos por momentos, como una invisible amenaza latente, que en cualquier momento podría abatirse de modo funesto sobre todos ellos, dando por concluida la aventura en aquel desconocido hiperespacio donde se movía.

—El mayor temor de Zamok a Nuvla y a mí, es nuestra condición de extrasensoriales —apuntó Xalal, aproximándose a Lem, con la mirada fija en el gran visor que mostraba la inmensidad cromática del bello hiperuniverso.

—¿Quiere decir que ustedes dos son superdotados mentalmente? —se interesó Lem.

—Algo así. Podemos percibir cosas que nadie siente. Captamos pensamientos, podemos leer en las mentes de los demás... Ahora que entiendo su lenguaje, puedo decirle que apenas le vi supe que era un buen amigo, un hombre honrado, leal y justo por encima de todo. Ahora puedo añadirle que sé de qué mundo procede, que se llama Lem Garko y es policía en su propio Universo...

—Increíble —murmuró Lem, perplejo, contemplando al anciano—. ¿Nuvla también tiene ese poder?

También —sonrió dulcemente el anciano—. Lo heredó de su padre, el Gran Cyrus que, como Patriarca de Ylmo, poseía esos poderes extrasensoriales.

—Cielos... ¿Y esos poderes son los que Zamok pretende obtener de ustedes? ¿Por eso, tal vez, no les hizo asesinar en principio?

—Estoy seguro de ello. Además, hibernados no podíamos causarle problemas con nuestros poderes mentales. Luego, me temo que pretendía algo terrible.

—Algo… ¿como qué? —deseó saber Lem, sintiendo un instintivo escalofrío de horror.

—Como un trasplante cerebral, por ejemplo, que enriqueciese su propia masa encefálica con injertos del mío y el de Nuvla… —apuntó Xalal con espeluznante simplicidad.

Lem Garko sintió entonces todo el horror que podía producir la conciencia cierta de que Zamok era el más atroz, demoníaco y poderoso monstruo que jamás pudiera imaginar un ser humano.

Capítulo VIII

LUZ DE HIELO

Varda permanecía erguida en lo más alto del puente de mando del navío de oro de los extinguidos Goldinwos. Sus ojos fulgurantes, ardorosos y crueles, ardían como brasas encendidas en el hermoso rostro aureolado por los largos cabellos sedosos. La invisible campana protectora de fuerza que rodeaba la soberbia nave velera espacial, permitía que el aire envuelto en ella fuese respirable, como si realmente aquel bergantín fabuloso navegara sobre aguas oceánicas de una belleza y colorido majestuosos, y no por el inmenso vacío multicolor del hiperuniverso situado más allá del «agujero negro» en pos de su odiado enemigo, Lem Garko, y los tres compañeros de peripecia del patrullero espacial.

Ansiaba encontrarse con sus adversarios, destruirlos de una vez por todas, siguiendo las órdenes del siniestro Zamok. Un fracaso ahora, sabía que era irremediable y significaría su propia muerte a manos del coloso de metal, plástico y humana inteligencia.

A bordo, las complejas maquinarias y mecanismos del soberbio navío goldinwo actuaban por sí solas, conduciendo a la nave por la ruta señalada, siguiendo implacablemente el rastro que en sus detectores de señales cósmicas iba dejando inevitablemente el paso de la pequeña nave a la que perseguían.

Varda, por tanto, estaba segura de que no perdía su presa, si bien la distancia que le separaba de ella era aún considerable, dada la capacidad de vuelo y la velocidad fantástica que podía desarrollar la liviana patrullera de Lem Garko.

Abajo, en las dependencias del navío, los mercenarios Zudekks y los asesinos profesionales y fríos que eran los Yakks, aguardaban el momento de actuar. Cierto que había sufrido muchas bajas en la evasión de Garko y del robot «Armaggedon», pero no era menos cierto, por otro lado, que el poderoso Zamok se había ocupado de reforzar sus debilitadas fuerzas activas con nuevos guerreros y soldados, ciegamente fieles a las órdenes del perverso amo y, por tanto, a las que ella les impartiese ahora, mientras gozara de la confianza del *Señor de las Sombras Eternas*.

Un guerrero yakk apareció inesperadamente en cubierta, dirigiéndose hacia ella a toda prisa. Era un oficial de servicio en la cámara de controles de a bordo. Se detuvo ante su jefe femenino, saludó militarmente, y notificó:

—Hay novedades importantes, señora.

—¿Qué clase de novedades? —se interesó ella, irguiéndose y clavando sus fríos ojos en el guerrero profesional, de negro casco y negro uniforme metálico.

—Hemos detectado en el hológrafo la presencia de la nave enemiga, señora. Está en la *Zona de los Meteoros.*

—¿Qué? —se sobresaltó ella vivamente, enarcando sus cejas—. ¿Qué has dicho, soldado?

—La verdad, señora. Desconocedor sin duda de las regiones que recorre, nuestro perseguido ha cometido un error, y su nave penetró en el *Cinturón de Meteoros*, sufriendo los impactos de éstos. Según los datos holográficos, se halla ahora inmovilizado, en reparación, en uno de los asteroides cristalinos...

—¡Magnífico! —las pupilas demoníacas de Varda centellearon gozosas. Avanzó con arrogancia hacia las escaleras de oro, para bajar del puente—. Quiero ver eso con mis propios ojos, soldado. Si es así, aceleraremos al máximo y procuraremos establecer contacto holográfico-sensorial con el asteroide donde se encuentren. Si pudiera utilizar a distancia el Vitroflash, sería nuestra gran oportunidad de caer sobre ellos sin que pudieran defenderse...

Apresuradamente, Varda y su esbirro alcanzaron la cámara de controles, en la bodega del navío de oro. Los Yakks y los Zudekks se pusieron respetuosamente rígidos al verla llegar. Pasó entre ellos como una exhalación, y se encaró a la imagen holográfica de una pantalla cuadridimensional, contemplando la lejana imagen proyectada ante sus retinas.

Manipulando los controles, logró centrar y clarificar la imagen proyectada a distancia sobre el estereógrafo. Un grito de triunfo escapó de sus labios.

—¡Son ellos! —clamó, frenética, gozando anticipadamente de su victoria—. ¡Pronto, el proyector de rayos Vitroflash! ¡No podemos perder tiempo! ¡Acelerad a tope, y situad el proyector de rayos en las coordenadas precisas!

Sus hombres actuaron rápida y silenciosamente. Trajeron hasta ella un ingenio extraño, consistente en un tubo de material translúcido, y unos soportes graduables y móviles. Varda realizó una serie de cálculos en las tablas coordinadoras del hológrafo, y luego graduó una serie de esferas situadas bajo el tubo proyector. Asestó

éste sobre una enorme pantalla graduada, se encendieron unas luces de situación en ella, y pulsó un botón. En el muro dorado se abrió una escotilla, hacia la cual apuntó el cañón translúcido. En el exterior desfilaban mundos y astros sobre el fondo policromado del hiperespacio universal.

—¡Ya! —clamó la voz altiva de Varda—. ¡Disparad el rayo!

Se presionó un botón rojo. Dentro del tubo translúcido comenzaron a destellar luces cambiantes. Después, un súbito y cegador chorro de luz azul brotó del cañón perdiéndose en el espacio exterior.

Varda lanzó una carcajada triunfal. Su rostro era una máscara de júbilo y de satánico placer.

—¡Lo logré! —clamó, entusiasmada—. ¡Lo logré al fin! ¡Están en mi poder! ¡Dentro de poco tiempo, los cuatro podrán ser conducidos a presencia del propio Zamok, para que él mismo resuelva su suerte final! ¡Es mi victoria, Lem Garko, mi gran victoria sobre tu osadía y tu estupidez al creerme vencida!

Por el espacio, el rayo de luz viajaba centelleante, vertiginoso, rumbo a un lejano asteroide cristalino, donde se encontraban con su nave averiada los cuatro fugitivos.

* * *

—La avería puede repararse —suspiró Lem, abatido—. Pero llevará algún tiempo todavía…

—Mientras no sea demasiado y esa gente nos dé caza… —comentó Xalal amargamente, escudriñando en el infinito espacio de colores diáfanos.

—Espero que no lleguen antes de que podamos partir de nuevo —murmuró el patrullero, revisando los daños sufridos en el fuselaje y en algunos puntos vitales de su pequeño vehículo espacial—. Esos malditos meteoros… No sabía que fuese una zona tan peligrosa.

—Si Nuvla y yo hubiéramos estado despiertos, eso no hubiera sucedido Lem —se lamentó el viejo patriarca—. Conocíamos la situación exacta de la *Zona de Meteoros*.

—También fue culpa mía —intervino la metálica voz de «Armag»—. Yo debí captar la presencia de los meteoros. Mis sensores funcionaron tarde. Me empiezo a convertir en un distraído.

Lem sonrió. Los comentarios de su amigo cibernético siempre lograban divertirle, incluso en una situación difícil como aquélla. Miró en derredor, a la desierta, lisa y centelleante superficie de aquel asteroide cristalino. Era como flotar encima de un gigantesco diamante de mil facetas. Nunca había visto nada parecido en el otro Universo, el que le era familiar.

—Es un mundo poco acogedor, la verdad —gruñó malhumorado —. Ni vegetación, ni tierra, ni nada. Sólo cristal bajo nuestros pies.

—Hay muchos asteroides cristalinos en este Universo —afirmó Nuvla con expresión abatida—. Son inhóspitos y fríos. En sus largas noches, esta superficie cristalina se cubre totalmente de escarchas y hielos. Durante los días calurosos en que los soles alumbran de cerca, se convierten en verdaderas bolas de fuego.

—Espero que antes de una de esas circunstancias, estemos lejos de aquí —suspiró Lem, inclinándose a continuar la reparación.

A su lado, el fiel «Armag» se dispuso a ayudarle, detectando las posibles averías y daños en los equipos electromagnéticos de a bordó. Nuvla paseó por la tersa superficie de aquella gélida llanura de superficie transparente y diamantina dureza. Xalal oteaba el firmamento radiante, como temiendo que de él llegara en cualquier momento algo nefasto.

—Intuyo peligro —dijo de repente el patriarca.

—¿Qué? —demandó Lem, sin dejar de trabajar, alzando la cabeza hacia el anciano.

—Peligro. Lem. En alguna parte. Mi sensibilidad lo capta. Pero no adivino qué puede ser ni de dónde llegará... Dese prisa, por lo que más quiera. Creo que disponemos de poco tiempo.

—Estoy trabajando todo lo rápido que puedo, Xalal —respondió Lem preocupado—. Dios quiera que esta vez sus poderes extrasensoriales no estén acertados...

—Me temo que no sea así, Lem. La sensación de peligro es cada vez más intensa.

—Sí —corroboró débilmente Nuvla, estremeciéndose—. Yo también la noto.

Garko se mordió los labios. Hubiera querido volar en su tarea, dar por acabado el trabajo y salir cuanto antes de aquel frío mundo de cristal que cada vez le gustaba menos. Pero no podía hacer milagros.

Los daños habían sido demasiado graves para poder ir más de prisa en su labor.

—Si al menos dispusiéramos de una hora, todo estaría a punto —aseguró, soldando unas piezas de los circuitos de seguridad de a bordo con mano que temblaba ligeramente, en tanto «Armag» detectaba el punto de fuga de uno de los tubos de aire acondicionado interior, y se lo señalaba rápidamente a Lem.

Este asintió, apresurándose a reparar esa avería con soldadura líquida de inmediata solidificación. Observó que las luces de «Armag» brillaban rápidamente, en una sucesión vertiginosa de parpadeos, tras la rejilla de su cráneo. Demandó, con voz ronca:

—¿Ocurre algo, amigo?

—Sí —dijo el robot—. Me temo que el peligro que mencionó Xalal se aproxima. Ya lo estoy percibiendo. Viene sobre nosotros. Y no sé lo que es... pero está aquí, Lem. ¡Lo capto *muy* cerca!

Las luces iban tan velozmente que Lem temió que fundieran los circuitos de «Armag», sometidos a tan tremenda presión emocional. Xalal abrazaba a Nuvla que, asustada, cruzó su mirada con la de Lem Garko. Este se puso en pie, junto a la averiada nave, mirando en torno sin ver nada especial. Sobre ellos, el cielo resplandecía de luz y color, hasta el infinito.

—No sé... —jadeó—. No veo nada, amigos. Yo...

De repente, *sí* lo vio. Sus ojos se clavaron en el fulgor que cruzaba el cielo como una centella, en dirección al asteroide diamantino. Esa luz le alarmó.

—¡Ahí! —chilló, señalando a lo alto.

«Armaggedon» elevó la cabeza. Zumbaron sus circuitos, las luces parpadearon veloces, una leve columna de humo brotó de uno de sus electrodos mentales. Estaba a punto de estallar. Xalal y Nuvla miraron la luz descendente, y la voz del patriarca sonó como una sentencia en los oídos de Lem:

—Dios mío... Creo saber lo que es... Luz congeladora... Nos va a...

No pudo decir más. La luz, súbitamente, estalló en un caos deslumbrante, al envolverles, reflejándose millones de veces en el facetado cristalino del asteroide. Este mismo pareció convertirse en una bola de fuego blanco y cegador. Lem Garko notó un repentino frió glacial en todo su ser, congelando su cuerpo, alcanzando su cerebro

Intentó correr, moverse, combatir aquella luz diabólica. No le fue posible.

La luz, súbitamente, se extinguió sobre el asteroide. Todo volvió a ser como antes. Con una excepción: Lem Garko, Xalal, la hermosa Nuvla y el androide «Armaggedon», aparecían inmóviles, cubiertos totalmente por una costra de duro hielo transparente, convertidos en heladas estatuas árticas. Un diáfano cristal azul envolvía sus cuerpos por completo, petrificados bajo el frío inexorable de aquel rayo llovido del cielo.

* * *

Las negras cortinas del inmenso estrado se alzaron para dar paso al gigantesco androide-humanoide. Los Yakks, formados en torno a la plataforma, presentaron armas, respetuosamente. Inclinadas las cabezas a su paso, el temible, todopoderoso Zamok, avanzó hacia el centro del estrado, procedente del interior de los negros y altísimos cortinajes.

Delante de él, en actitud respetuosa y obediente, se hallaba la hermosa Varda con sus más esplendorosas galas, semidesnudo su soberbio cuerpo sensual, triunfante la expresión, radiantes sus profundos ojos malignos.

Y detrás de ella, todavía convertidos en estatuas de hielo, se hallaban los cuatro cautivos, escoltados por los silenciosos y repulsivos Zudekks, los hombres-peces, mercenarios de las fuerzas del *Señor de las Sombras Eternas*.

—Y bien, Varda. ¿Lo conseguiste, a lo que veo? —tronó la voz metálica y dura de Zamok, resonando con profundos ecos en la vasta sala de su inexpugnable fortaleza, el *Asteroide del Exterminio*, en el corazón mismo de la *Zona de las Sombras Eternas*. ¿Has traído a mi presencia a esos cuatro seres?

—Me diste una nueva oportunidad, mi señor. Y Varda no podía desperdiciarla.

—Sabía que serías capaz de conseguirlo —aseguró el coloso de rostro metálico—. Siempre confié en ti, a pesar de tu fracaso inicial. Varda.

—Mi señor, pude haberlos aniquilado a todos o, cuando menos, al extranjero y al robot. Pero preferí que fueseis vos quien decidierais la suerte final de todos ellos.

—Excelente idea, mi fiel Varda —había una expresión complacida en la voz del androide de cerebro humano—. En premio a tu comportamiento, te permitiré que tú misma fijes la suerte de todos ellos, aunque teniendo en cuenta que deben serme trasplantados a mi cerebro, mediante la ultra cirugía, las partes cerebrales de Xalal y de Nuvla que necesito para poseer sus poderes extrasensoriales que me harán amo y señor del rebelde pueblo de Ylmo, antes de pasar al otro Universo y apoderarme de él, como me he apoderado de éste.

—¿De veras me concederás semejante privilegio, mi señor? —resplandecieron los ojos de Varda con el placer de la noticia escuchada en los metálicos labios de su monstruoso señor.

—Mi palabra es sagrada, bien lo sabes.

—Gracias, mi señor. Acepto encantada. Se puede enviar a Xalal y a Nuvla, cuando os haya ido sido trasplantada la parte de cerebro que de ellos precisáis, a perecer en los grandes hornos de energía del *Asteroide del Exterminio*. Pero en cuanto al patrullero Lem Garko y a su maldito robot... de ésos quería encargarme yo personalmente...

—Bien —los invisibles ojos de Zamok se fijaron en su vasalla—. ¿Qué suerte es la que les reservas a los dos?

—Mientras os es trasplantada la fuerza extrasensorial de esos dos Mojadis en el ultraquirófano mental, yo me cuidaré de mi venganza personal con Lem Garko y su monigote cibernético. Previamente, poseeré a ese hombre, le haré sexualmente mío, obligándole a que me ame, aun en contra de su voluntad, nublando su mente y sus sentidos con la *Droga del Deseo*. Cuando haya sido ya mío, conduciré a ambos a la piscina de los Xewahs, para su destrucción final.

—Los Xewahs... —repitió Zamok—. Eres particularmente cruel, Varda. Esos pequeños anfibios transparentes devorarán a tu prisionero lentamente, sin permitirle escapar y dándole una larguísima agonía hasta perecer. Y el robot irá viendo destruidos paulatinamente también sus circuitos y sistemas cibernéticos... Será la peor y la más larga de las torturas imaginables...

—Lo sé, mi señor. Sólo así me sentiré feliz de ver morir a este hombre.

—Está bien, es tuyo, ya te lo dije. Ahora, proceded a inyectarles la droga a todos: la del sueño suspendido a mis dos proveedores cerebrales, y la del *Deseo* a tu prisionero. En cuanto al robot, una vez descongelado, bloquead sus circuitos hasta el momento de la tortura.

Con igual majestuosidad que había llegado, Zamok abandonó la vasta sala donde recibía en audiencia en su tenebroso imperio del *Asteroide del Exterminio*, y todos permanecieron con la cabeza inclinada a su paso, ceremoniosos y obedientes como ante un dios viviente. Las negras cortinas cayeron silenciosas. La audiencia había terminado. Ahora, Zamok se dirigía a su ultraquirófano para el trasplante automático de las zonas cerebrales de Xalal y Nuvla, que podían transmitirle los poderes extrasensoriales del patriarca y de la joven Modaji.

—Ya oísteis a vuestro amo y señor —dijo altivamente Varda con maligna sonrisa—. Descongelad a los cautivos. Bloquead los circuitos del robot. Inyectad los dos sueros citados a los prisioneros. Y luego conducid a los dos Modajis al ultraquirófano donde esperará nuestro señor, el gran Zamok.

Varios Yakks avanzaron hacia las cuatro estatuas de hielo. En sus manos, aparecieron lámparas de luz térmica para derretir el hielo producido por el rayo Vitroflash.

La venganza de Varda, la cruel y voluptuosa sierva de Zamok, y el deseo de éste de apoderarse de todos los poderes capaces de convertirle en el ser más poderoso de dos Universos, estaban a punto de cumplirse de forma inexorable.

Capítulo IX

LA MENTE DE ZAMOK

Lem Garko no sabía lo que había ocurrido.

Se vio a sí mismo, desnudo sobre la desnudez mórbida y sensual de Varda, la mujer perversa y hermosísima del hiperuniverso. Borrosamente, se dio cuenta de que ella suspiraba, complacida, y de que él sentía en sí mismo una excitación que iba cediendo paso a una languidez perezosa.

Su boca se apartó de la de Varda. Los brazos de ella le rodeaban, sus desnudos y exuberantes senos, macizos como piedras, se estrujaban contra su torso. Sus muslos se frotaban en un contacto ardiente.

Su mente despertó de forma paulatina a la realidad. De sus venas, de su ser todo, fue escapando aquel deseo insaciable, aquel instinto primario de posesión y de lujuria que dominaba su mente poco antes. Un rayo de lucidez se abría paso hasta el fondo de su aturdido cerebro. El no podía saberlo, pero la *Droga del Deseo* se extinguía en su organismo. Y con ella, desaparecían los instintos que ella creaba.

Ahora comprendía. Varda había sido suya. Odiaba a aquella mujer, y sin embargo, la había poseído hasta el agotamiento. Ella sonreía radiante, feliz y voluptuosa. Pero aquel bello rostro de mujer entregada, bien sabía Lem que era sólo una máscara, la de una mujer incapaz de amar ni de sentir nada tierno hacia ser alguno.

—¿Qué significa esto? —preguntó sordamente Lem, tocándose las sienes, pugnando por salir de su torpeza, irguiéndose y tomando una prenda que cubriese su total desnudez mientras ella, impúdica, se desperezaba sobre un lecho de burbujas rosadas.

—Que has sido mío, Lem Garko 3suspiró ella, entornando los ojos mórbidamente—. Totalmente mío, lo quisieras o no. Obtengo siempre cuanto deseo.

—Pero sólo por la fuerza, Varda —replicó Lem, ya en pie, vestido hasta la cintura, desnudo su torso—. Sólo así puedes conseguir lo que deseas. Habrás sido dueña de mi cuerpo, gracias a algún maldito filtro o droga, pero no de mis sentimientos, de mi alma o de mi corazón.

—No me importa, Lem. No deseo el corazón de nadie, y no creo en el alma. Me basta con haberte hecho mío. Ahora completaré mi venganza contigo.

—¿Qué piensas hacer? ¿Matarme? Lem sonrió tristemente. Pudiste haberlo hecho cuando me convertiste en una estatua de hielo.

—No, no. Entonces todavía faltaba algo que ya he conseguido. Ahora, debo llevarte a morir, sí. Pero a mi manera. Gozaré oyendo tus quejas y súplicas, mientras mueres lentamente, muy lentamente… Durante días enteros, unos diminutos, transparentes, invisibles pececillos anfibios, sumamente voraces pero delicados, irán mordiendo tu cuerpo hasta destruirte. No podrás huir de ellos, porque una vez adheridos a la piel, jamás se desprenden de ella hasta haber devorado su presa. Pero son tan lentos… tan lentos…

—¡Ya basta! —se irritó Lem—. ¿Y los demás? ¿También piensas hacer igual con ellos, maldita arpía?

—Oh, ellos… —hizo un gesto expresivo con sus largas manos de curvadas uñas—. No, no. Tus buenos amigos Xalal y Nuvla… por cierto, ¿te gusta una mujer como ésa, todo ternura, sonrisas y bondad infinita, Lem…? Sí, tus buenos amigos Xalal y Nuvla están ahora en un ultraquirófano donde no existen cirujanos. Allí, un androide quirúrgico extirpará parte de los cerebros de esos dos molestos Modajis, trasplantando sus zonas extrasensoriales al gran cerebro supremo, de nuestro adorado y temido Zamok. En cuanto a tu robot, perecerá también lentamente, destruido por los voraces Xewahs, los anfibios de que te hablé…

—¿Qué? —rugió Lem, palideciendo, y avanzando hacia ella frenético—. ¿Qué has dicho que ocurrirá a esas dos personas, a Xalal y a Nuvla?

—Ya lo oíste. La operación ha debido comenzar, o está a punto de hacerlo, Garko. Es deseo del amo y señor de estas regiones, y nadie puede oponerse a ello…

—¡Yo lo haré! —aulló Lem, exasperado.

Y aunque ella se apresuró a pulsar un llamador, al advertir la expresión de odio, furia y desesperación en el rostro viril de Lem Garko, no pudo evitar que el joven, con un salto felino, cayera sobre ella, aferrándola violentamente, estrujando su ebúrnea desnudez con brazos firmísimos, hercúleos, que la llegaron a causar tal daño como para emitir un grito ronco de dolor.

Dos Zudekks mercenarios de escolta, aparecieron con sus fusiles de granadas destructivas. Lem gritó roncamente, aferrando el cuello y cintura de Varda, y situándola ante sí, como una desnuda coraza contra las armas de ellos:

—¡Soltad esas armas o mato a vuestra señora! ¡Pronto, obedeced, malditos!

Los mercenarios se quedaron petrificados, sin saber qué hacer. Lem había tomado rápidamente un afilado cuchillo con el que Varda había sin duda pelado frutos tropicales antes de hacer el amor, y lo apoyó sobre la garganta de ella, amenazador.

—Obedeced... —jadeó ella, despavorida—. Sé que me matará si no lo hacéis...

Lem vio caer los rifles al suelo. Arrastró consigo a Varda, siempre en igual posición, hasta alcanzar uno de los rifles, con que suplió el puñal. Puso el cañón del arma en la barbilla de Varda y amenazó:

—Ahora, vamos, Varda. Inmediatamente. Hacia ese ultraquirófano o como se llame. Hay que impedir la operación.

—Imposible —musitó Varda—. Nadie puede detener lo que ordena Zamok.

—¡Lo veremos! ¡Condúceme allá o te vuelo la cabeza en mil pedazos! Sabes que con una leve presión del resorte de disparo, será suficiente.

—No ganarás nada con ello, Garko —avisó ella roncamente—. Nunca saldrás vivo de aquí. Nadie puede desafiar al todopoderoso Zamok. Aunque te lleve hasta él, será solamente para que sus esbirros caigan sobre ti por centenares. A él no le importará demasiado que me amenaces. Esperará a que me aniquiles para aniquilarte él a ti.

—Eso... lo veremos —silabeó Lem, dispuesto a todo—. En marcha, Varda. Indica el camino. Y en cuanto uno de tus hombres intente atacarme, eres mujer muerta.

Ella asintió, indicando una puerta con un movimiento de cabeza. Lem la arrastró hacia allá. En la cámara inmediata, había dos Yakks que se quedaron inmovilizados al ver a su patrona en poder del extranjero. Un grito de ella les frenó:

—¡Quietos! Soltad las armas. Es capaz de matarme si no obedecéis.

Los asesinos profesionales dejaron caer sus armas y se apartaron. Lem cruzó la sala con Varda, sin perderles de vista. En otra cámara, vislumbró la presencia inmóvil de «Armaggedon», vigilado por un Zudekk.

—¿Qué significa eso? —jadeó—. ¿Qué le habéis hecho a mi amigo?

—Tiene bloqueados los circuitos. No le ocurre nada.

—¡Desbloqueadlo, pronto! —ordenó Lem al otro Zudekkk, que había soltado ya su arma al ver prisionera a Varda—. Obedece, Varda. Da las órdenes oportunas.

Ella lo hizo. El Zudekkk, en silencio, repuso un panel en el pecho metálico de «Armag». Las luces de su cerebro empezaron a parpadear. Miró hacia Lem y Varda.

—Creo que estuve inconsciente todo el tiempo —comentó «Armag»—. ¿Qué ocurre, Lem?

—Esta zorra. Me drogó y te bloqueó a ti los circuitos. Xalal y Nuvla están a punto de ser descerebrados por ese cerdo de Zamok, si es que no lo han sido ya.

—Tenemos que hacer algo, Lem.

—Claro que tenemos que hacerlo. Ven con nosotros. ¿Funcionan bien tus armas?

—Creo que sí —rio el androide—. Y proyectó la luz de sus dedos sobre el Zudekk situado cerca de él.

Un momento después, el Zudekk ya no existía. Ni rastro de él había quedado. Lívida, Varda tembló al ver los dedos metálicos de «Armag» apuntándola.

—Ya viste, Varda —dijo el robot—. Será mejor que obedezcas. Puede que Lem no tuviera valor para destruirte si intentas algo. Pero yo, sí. Es la ventaja de no ser humano.

Con tan preciado aliado junto a él, Lem Garko fue avanzando hacia donde Varda le guiaba. Sabía positivamente era tarea imposible de todo punto escapar de allí. Pero no podía permitir que Xalal y Nuvla sufrieran tan perversa destrucción a manos de Zamok. Aun sabiendo que era a la desesperada, intentaría evitarlo.

Alcanzaron una cabina ascensor que les condujo a un nivel distinto del *Asteroide del Exterminio*, madriguera y cuartel general del siniestro Zamok. Al detenerse en el Nivel Doce, ella explicó:

—Aquí está el ultraquirófano. Pero es una locura. Moriremos todos… Zamok nunca permitirá esto. Lem, si renuncias a tal disparate,

te prometo respetar tu vida, hacerte mi compañero y darte poder y riquezas… Te prometo respetar la existencia de ese robot y nunca tendrás ya nada que temer…

—No, Varda. No hay trato. No deseo ser tu compañero, ni ambiciono riquezas o poder. No podría servir a un monstruo como Zamok ni apoyar sus vilezas.

Un corredor deslizante señalaba la ruta hacia el Ultraquirófano de Zamok. Una luz roja, parpadeante, indicaba la absoluta prohibición de penetrar en aquella zona.

Lem pasó por alto esa orden. Siguieron adelante, ante el vivo terror de Varda, que temblaba en brazos de Lem. Aparecieron soldados especiales de la escolta personal de Zamok. Eran altos, vigorosos y armados con proyectores desintegradores. Sus uniformes eran de un tono azulado y frío, todos ellos de escama metálica.

—¡Alto! —tronó—. Penetrar aquí significa la muerte…

«Armag» resolvió el asunto en un instante. Sus dos manos proyectaron chorros de luz hacia los guardianes del quirófano especial. Saltaron por los aires, desintegrados hasta el último átomo de sus uniformes y de su cuerpo.

—Es inútil… —sollozó Varda, cada vez más aterrada—. No podréis con todos…

—De momento, estamos llegando a nuestro destino —silabeó duramente Lem, viendo aparecer ante ellos, al fondo del corredor, unas puertas circulares con el nombre de ULTRAQUIROFANO trazado sobre ellas en hilos de luz roja.

—No, no… —jadeó ella—. Ahí no… Por favor, Lem…

—Ya basta —cortó Garko, enérgico, deteniéndose todos ante la puerta decisiva—. Vamos adentro con todas sus consecuencias…

Probó a abrir la puerta. Era inútil. Miró a su fiel amigo cibernético. «Armag» asintió, comprendiendo. Sus dedos apuntaron a la cerradura electrónica. Disparó dos chorros de luz. Fundida la cerradura y parte de la puerta, se abrió un boquete en ella. Silenciosamente, las dos hojas semicirculares se abrieron, aunque dentro sonaba un insistente zumbido de alarma.

Asomaron a una galería circular, elevada sobre una nave central donde, bajo dos proyectores colgados del techo y unos largos brazos mecánicos, articulados y movidos por medios cibernéticos, aparecían

dos gigantescas mesas de operaciones. En una de ellas, yacía Zamok estirado cuan largo era. En otra, Xalal y Nuvla. Dos rayos de luz partían de los proyectores. Uno iba aproximándose al cráneo metálico de Zamok. El otro, a las cabezas inmovilizadas con correas de metal de Xalal y Nuvla. Era obvio que el trasplante cerebral iba a producirse de un momento a otro.

Una docena de soldados especiales de la escolta de Zamok corrieron hacia ellos, armados y dispuestos a abatirles. Otro grupo aparecía abajo, procedente de una puerta lateral, mientras seguía zumbando la alarma.

Lem se había quedado fascinado contemplando la horrenda apariencia del monstruo metálico y plastificado que era Zamok, el androide-humanoide. Tal vez por eso, tardó en reaccionar. Pero no así su fiel «Armag» que, insensible a toda emoción, se limitó a proyectar su terrorífica energía desintegradora sobre la docena de soldados. Ante el asombro de Garko y el terror de Varda, ni uno de ellos reapareció tras verse envueltos en el halo luminoso. Habían sido desintegrados en su totalidad.

—¿Qué ocurre ahí? —rugió una poderosa voz metálica, allá al fondo—. ¿Qué es lo que hacéis, malditos todos? ¡Nadie puede enfrentarse a Zamok y vivir! ¡Mis poderes reducirán a los rebeldes y traidores!

Se irguió, enorme y poderoso, interrumpiendo la operación a punto de iniciarse. Su mirada demoniaca se clavó en los intrusos, desde el fondo de su metálico cráneo de extraña criatura.

Y para horror suyo, Lem advirtió que el solo poder de esa mirada paralizaba a Varda y a él mismo, inmovilizándoles por completo. Alguna fuerza interior de la criatura odiosa, era capaz de bloquear los nervios de los humanos, reduciéndoles a la total impotencia.

—Ahora, aniquiladles —ordenó a sus hombres.

Estos alzaron sus armas hacia ellos. Xalal y Nuvla, desde la mesa quirúrgica, miraron con horror lo que iba a suceder. Ya nada ni nadie podía salvar a Lem Garko ni a los demás. El poder supremo de Zamok, amo y señor de las tinieblas, era superior a todo lo imaginado. El propio androide «Armaggedon», habíase quedado inmóvil, como paralizado también…

* * *

Y de repente…

«Armaggedon» lanzó un grito metálico, lleno de sobresalto:

—¡Ya recuerdo! ¡Ya recuerdo! ¡He recuperado la memoria!

Eso, a Lem, parecía tenerle perfectamente sin cuidado en estos momentos. Su inmovilidad prosiguió, lo mismo que la de Varda. Abajo, los soldados de escolta de Zamok vacilaron, sorprendidos por la voz de «Armag», pero era una duda momentánea, fugaz. Iban a disparar ya, cuando «Armag» gritó de nuevo, señalando a Zamok:

—¡Ahora recuerdo *quién* eres tú, poderoso Zamok! ¡Yo estaba presente cuando los últimos Goldinwos perecieron bajo tus temibles Yakks... y sé qué persona, qué cerebro se oculta bajo esa apariencia! ¡El androide preparado para alojar el cerebro de Weld, el Tirano, fue utilizado por otra persona, cuando ésta estaba agonizando...! ¡Yo lo recuerdo todo, Zamok! ¡Se ha desbloqueado mi memoria en este momento!

—¡Quietos! —rugió Zamok, volviéndose a sus hombres y alzando su poderosa mano enguantada. Miraba con ojos centelleantes tras la máscara al robot que hablaba allá arriba, en la galería circundante del ultraquirófano—. Sigue, robot. ¿Qué es lo que pretendes decir? ¿A qué te refieres con esas palabras?

—Xalal puede ayudarme, si lo desea —siguió «Armag» con su voz metálica llena de seguridad—. Su mente extrasensorial puede que establezca contacto con la tuya, Zamok, para hacerte ver realmente quién eres tú. Los que salvaron tu cerebro para convertirte en un ser superior, mitad hombre mitad androide, sin duda bloquearon tu memoria como hicieron con la mía. En presencia tuya y de Xalal, sin embargo, se ha creado un puente sensorial que nos puede devolver a ambos la memoria. Zamok, tú no eres Weld, el Tirano, revivido en el poderoso y cruel Zamok...

—Entonces... ¿quién soy yo? —bramó el todopoderoso Señor de las Tinieblas.

—Xalal ¿ves tú quién es realmente él? —preguntó «Armag» al Modaji.

El venerable patriarca miraba con ojos de horror al gigantesco y deshumanizado Zamok. Algo, en su mirada, revelaba que, una vez más. «Armag» tenía razón Xalal *sabía* ahora a qué se estaba refiriendo el robot...

—Dios mío, no... —jadeó, muy pálido, agitándose, en la mesa de operaciones—. No puede ser... No puedes ser...*tú*.

—¿Yo? ¿Quién soy? —quiso saber Zamok, erguido ante Xalal—. ¡Te ordeno la respuesta inmediata!

—Pero ¿es que no lo entiendes? ¿No lo recuerdas? —gimió Xalal, lívido—. Acabo de leerlo en tu mente. «Armag», el robot, tiene razón... Tú... tú eres, en realidad, un androide con el cerebro de... de... *del Gran Patriarca Cyrus, el padre de Nuvla.*

Nuvla gritó, horrorizada. Zamok retrocedió tambaleante, como si un poderoso mazazo hubiera golpeado su cuerpo de metal y plástico.

—¡Nooooo! —rugió el titán del Mal—. No puedo ser...yo...

Pero su mente, sin duda, se abría a la terrible verdad. Su memoria bloqueada, como la cibernética de «Armag», se abría también a la luz repentina del recuerdo. Por el extraño fenómeno mental producido a causa de la coordinación establecida entre las mentes humanas de Xalal y Zamok y la cibernética de «Armaggedon», los recuerdos acudían al cerebro de Zamok. Acababa de comprender, realmente, quién era él.

—Yo... el genio del Mal, el amo y señor de todo este Universo... fui en realidad un hombre bueno, noble, generoso y pacífico… Tu padre, Nuvla, e iba a destruirte, junto a mi viejo y fiel amigo Xalal...

Nuvla sollozaba. No podía mirar con cariño a aquel monstruo en que se había convertido todo lo que quedaba de su padre: un cerebro con vida. Ni casi podía concebir tal horror. Lem Garko, aun en su inmovilidad forzada, podía escuchar y comprender toda la tremenda revelación de «Armag».

—Tú eres, Zamok —aseguró tristemente la voz de «Armaggedon». Ahora ya lo sabes. Puedes seguir siendo el mismo monstruo de maldad que has sido últimamente. Pero será a sabiendas de quién fuiste realmente cuando vivías como un ser humano y no como un autómata regido por un cerebro loco y deformado por las maniobras de los servidores de Weld, el Tirano. Al morir éste con su cerebro destruido, pensaron en utilizar un gran cerebro como el del agonizante Patriarca Cyrus, para adaptarlo al androide creado para albergar la mente del tirano muerto. Borraron de tu memoria la conciencia de quien eras, y así crearon al temido y odioso Zamok.

—Dios mío, ¿qué puedo hacer ahora por reparar tanta infamia? —jadeó el monstruo, tambaleante.

—Todavía tu poder es casi infinito —apuntó Xalal—. Utilízalo por una vez en hacer el bien, mi querido y viejo amigo...

—Tienes razón —aseguró el titán metálico, mirando con sus ojos cibernéticos a la que fuera hija suya, la hermosa Nuvla—. Por ti, ese hombre de allá arriba, Lem Garko, ha arriesgado su existencia, Nuvla. Creo que puedo dejarte en sus manos tranquilamente. Es la hora de que Zamok, el odiado, y toda su nefasta obra, desaparezcan para siempre. Tú, Xalal, lleva la paz y la nueva fe en el mañana a tu pueblo que fue el mío. Perdonad al viejo Cyrus, que no fue del todo culpable de este horror. Y esa mujer que podría ser, con el tiempo, la más temible y cruel enemiga de la paz en este Universo e incluso en el otro, más allá del «agujero negro», la hermosa y malvada Varda, irá conmigo al holocausto final para salvaros a todos. Mis soldados no se moverán ya. Mi poder mental es capaz de todo eso todavía. Marchaos todos, pronto. Tú, Lem Garko, conduce, a Nuvla, mi hija, a ese Universo tuyo de donde viniste. Deseo que cuides de ella, si sientes algo por Nuvla, como mi mente cree saber.

—La amo, estoy seguro —afirmó Lem, ya recuperada su normalidad—. Por eso intenté salvarla ahora. Pero depende de los sentimientos de ella...

—Oh, Lem, seria tan feliz a tu lado —sollozó Nuvla, mirándole extasiada.

Es mi último deseo. Nuvla, con Lem Garko. Tú, Xalal, vuelve a Ylmo y gobierna con sabiduría y prudencia. Tomad mi nave esférica. Ella es capaz de salvar el «agujero negro» sin dificultades. Condúcela tú, Garko. Primero, a Ylmo. Luego, de regreso a tu Universo.

—¿Y tú, Zamok? —preguntó Lem.

—Mi sitio está aquí: éste será mi mausoleo con todos los Yakks y Zudekks dentro. Y con Varda. No os preocupéis por nosotros. Cuando estéis lo bastante lejos, esto desaparecerá para siempre. Marchaos en paz, os espera un largo viaje. Y cuidad de ese robot, «Armaggedon». Gracias a él, hoy he vuelto a ser quien fui... y vosotros salváis vuestras vidas, junto con la libertad y la paz para los dos Universos.

—No temas. «Armag» es mi mejor amigo —sonrió Lem—. Lo será de los dos por el resto de nuestras vidas, estemos donde estemos.

—Gracias, Lem —dijo agradecido el androide—. Eso me hace feliz...

Salieron del ultraquirófano. Zamok se quedó dentro. Con Varda, con sus hombres, totalmente inmovilizados todos bajo el poder mental del androide humanoide. Nuvla y el que fuera su padre o lo que quedaba de él aún, cruzaron una última mirada antes de partir.

La esfera negra, cuyo emplazamiento indicara Zamok a Lem Garko, les condujo realmente hacia Ylmo primero, y hacia el negro agujero espacial después, de regreso a su Universo Garko y «Armag», llevando consigo a Nuvla, la hermosa de más allá del Universo.

En el «otro» Universo, el de los cielos radiantes, luminosos y policromados, un cegador destello, una explosión terrorífica, gigantesca, en plena Zona de las Sombras Eternas, señaló el fin de un imperio maléfico, la extinción definitiva del Asteroide del Exterminio, con su amo y señor dentro, y todas las fuerzas militares que debían llevar el terror y la muerte por todos los Universos existentes en la Creación.

El holocausto de Zamok era el fin de una época de violencias y de terrores. Un cerebro humano desviado por el odio y la maldad, había vuelto a su cauce inicial, para el más grande y hermoso sacrificio imaginable.

Lem Garko y Nuvla, allá en la nave esférica, de vuelta al Universo situado más allá del «agujero negro», junto al fiel e inteligente «Armaggedon», el último androide de un viejo planeta extinguido, pudieron ver, en el Sensorama, las imágenes remotas de la explosión final que marcaba el fin de Zamok, el todopoderoso señor del Mal.

—Dios le haya perdonado. Nuvla querida —murmuró Lem abrazándola.

Ella ni siquiera respondió. Dos lágrimas rodaban por sus mejillas. Lem la besó. Ella le devolvió el beso.

Discretamente, «Armaggedon» se encaminó a otra cámara de la nave espacial. No le gustaba estorbar.

FIN



[1] Los «agujeros negros» son como el fantasma de una estrella fundida, que se ha colapsado por su propio peso, comprimiéndose hasta formar un punto de densidad infinita y de volumen cero. Su atracción gravitatoria, realmente enorme, impide que la luz salga de un cierto entorno, manteniendo así invisible el agujero, y dándole su nombre. Se especula sobre la posibilidad de que constituyan auténticos túneles hacia universos totalmente distintos a lo conocido, como una puerta abierta en un espacio de cuatro dimensiones, y donde el tiempo deja de tener todo sentido. (N. del A.)

[2] Aunque no se menciona aquí expresamente, es obvio que el androide procede del planeta Tierra, puesto que Armaggedon es el monte donde, según San Juan, tendrá lugar el Apocalipsis. (N. del A.)